

Alfonso López Quintás

LAS SINRAZONES DEL ABORTO

Digital Reasons
Ediciones Palabra
Madrid 2015

A Benigno Blanco
Expresidente del Foro de la Familia
tenaz y brillante portavoz
de los defensores de la vida.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: La práctica del aborto, una piedra de toque.

1. EL ABORTO Y EL REGRESO CULTURAL

- 1.1. Planteamientos falaces.
- 1.2. Necesidad de un lenguaje claro y preciso.
- 1.3. El respeto incondicional a la vida constituye el máximo progreso.

2. LA IRRACIONALIDAD DEL ABORTO

- 2.1. La cruda realidad del aborto.
- 2.2. La insuficiencia radical de las razones proabortistas.

3. ¿QUÉ SIGNIFICA «LEGALIZAR» EL ABORTO?

- 3.1. ¿Tiene alguien «derecho» a abortar?
- 3.2. Necesidad de clarificar la conciencia.
- 3.3. La legalización o despenalización del aborto.

4. LA ACEPTACIÓN DEL ABORTO: UNA «CATÁSTROFE HUMANA»

- 4.1. Condición humana del feto.
- 4.2. Un conflicto de intereses.
- 4.3. La pérdida del respeto incondicional a la vida humana.

5. UN INTENTO FALLIDO DE LEGITIMACIÓN DEL ABORTO.

- 5.1. Abolición de la pena capital y aceptación del aborto.
- 5.2. El proceso de gestación de un ser humano antes de la anidación.

6. ESTRATEGIA MOVILIZADA PARA LA DEFENSA DEL ABORTO.

- 6.1. Las fases de la estrategia.
- 6.2. El lenguaje manipulado altera el sentido de los actos humanos.
- 6.3. La táctica de la precipitación.

7. RECURSOS TÁCTICOS INACEPTABLES.

8. CARÁCTER MANIPULADOR DE CIERTOS PLANTEAMIENTOS PROABORTISTAS.

- 8.1. Planteamientos unilaterales.
- 8.2. Modos de defensa mediante la «valoración por contraste».
- 8.3. Defensa en virtud de la autonomía de la actividad política.

9. LAS DOS FORMAS DE LIBERTAD Y EL DERECHO A DECIDIR.

- 9.1. La libertad de maniobra.
- 9.2. La libertad creativa.
- 9.3. Una mengua que es ganancia.

10. LA FRIVOLIDAD EN LA DEFENSA DEL ABORTO.

- 10.1. La seriedad propia de la auténtica cultura.
- 10.2. La cultura nos lleva a cuidar lo decisivo.
- 10.3. La manipulación es astuta, pero no por ello deja de ser banal.
- 10.4. La superficialidad de otros recursos proabortistas.

11. RESPETAR LA REALIDAD ES LA BASE DE LA VIDA DEMOCRÁTICA.

- 11.1. Una grave carencia democrática.
- 11.2. La verdadera tolerancia consiste en buscar la verdad en común.
- 11.3. Necesidad de plantear bien los problemas.

12. LA DEMOCRACIA SE ASIENTA EN LA COLABORACIÓN Y EL JUEGO LIMPIO.

- 12.1. La desmesura o «barbarie» del aborto.
- 12.2. Los fines ocultos del aborto.
- 12.3. El recurso de la mofa.
- 12.4. El egoísmo bloquea la búsqueda de la verdad.

13. LO QUE PROCEDE ES ACOGER LA VIDA, NO DESTRUIRLA.

- 13.1. Necesidad de fomentar la condición dialógica del hombre.
- 13.2. El cuidado de la vida naciente.
- 13.3. Defender el aborto supone moverse en el nivel 1, el más elemental.

14. ES RESPETO INCONDICIONAL A LA VIDA: PILAR BÁSICO DE LA SOCIEDAD.

- 14.1. Necesidad de clarificar lo que significa el aborto.
- 14.2. El impresionante proceso de desarrollo humano.

15. EL «DERECHO AL ABORTO»: UNA CONTRADICCIÓN EN SUS TÉRMINOS.

- 15.1. El origen y fundamento de los derechos humanos.
- 15.2. El derecho al aborto es un sinsentido.

16. LA GRAVEDAD DEL SÍNDROME POSTABORTO.

- 16.1. La sobrecogedora expresividad de los testimonios.
- 16.2. Del engaño a la frustración.
- 16.3. La crueldad va siempre unida a la hosquedad gélida.
- 16.4. El síndrome postaborto es consecuencia de una agresión ética indescriptible.
- 16.5. Necesidad de purificar el ambiente moral.

17. LA GRAN META ACTUAL: EVITAR TODO TIPO DE ABORTO.

- 17.1. Revisión de los tres supuestos de la despenalización del aborto.
- 17.2. Las leyes modelan la opinión pública.
- 17.3. Necesidad de ayudar a las madres y facilitar las adopciones.
- 17.4. Es ilógico aplicar la maravilla de la razón a destruir el privilegio que es la vida.
- 17.5. La manipulación escinde nuestra mente de la realidad.
- 17.6. El aborto es violento y fuente de violencia.

18. REFLEXIÓN FINAL.

- 18.1. La sinrazón de los legisladores favorables al aborto.
- 18.2. Recurrir al aborto es lanzarse por el camino de la muerte y la amargura.
- 18.3. Ante el don admirable de la vida no hay más actitud digna del hombre que la acogida.
- 18.4. El largo alcance de la nueva «Ley orgánica para la Protección de la Vida del Concebido y de los Derechos de la Mujer Embarazada».

INTRODUCCIÓN

La práctica del aborto, una piedra de toque

Cuando la opinión pública sufre un bloqueo acerca de cuestiones decisivas para la vida humana, debemos pararnos a reflexionar. Hoy nos parece increíble que durante siglos en los que se desarrolló el pensamiento filosófico, se descubrieron nuevos continentes, se pusieron las bases de una economía próspera, se deslumbró al mundo con las creaciones artísticas..., los hombres se hayan esclavizado unos a otros, y se haya aceptado socialmente tal práctica. Dentro de unos años se dirá algo semejante del hecho de que en los siglos XX y XXI no hubiera una rebelión social contra la práctica indiscriminada y masiva del aborto. Cuando los libros de historia relaten que sólo en Europa fueron sacrificadas a lo largo de 25 años veinte millones de vidas humanas, nuestros descendientes se negarán a creer que sus ancestros hayan sido protagonistas de semejante atrocidad.

Debemos apresurarnos a salir de este estado de adormecimiento moral. Hoy se piensa, a menudo, que estamos ante algo inevitable. Un partido político despenaliza por ley el aborto cuando se dan tres supuestos: daño físico o psíquico de la madre, malformación del feto, violación. Bajo el amparo de dicha ley se comenten múltiples abusos, y un Gobierno sedicente *progresista* no sólo no pone coto a los desmanes de ciertas mal llamadas clínicas, sino que promulga una nueva ley para considerar la práctica del aborto como un “derecho” (¡) de las mujeres.

Ciertos abusos escalofriantes conmovieron durante unos días a la opinión pública. Pero tal conmoción no amenguó un ápice las posibilidades destructivas de quienes convertían en negocio el dolor y la zozobra de tantas madres desorientadas. Voces aisladas exigieron que se vigile el cumplimiento de la ley, pero apenas hubo quien proclamara abiertamente la necesidad de desterrar la práctica de abortos programados industrialmente. El aborto debería ser, en nuestra sociedad, una práctica del todo excepcional, un recurso extremo reservado a casos muy contados y bien regulados.

Hoy sabemos que esta práctica masiva del aborto no sólo quebranta el derecho básico de multitud de vidas segadas prematuramente; supone la condena de miles y miles de madres a la angustia que implica el llamado “síndrome postaborto”. ¿Cómo es posible que no reaccionen las sociedades, incluso las más avanzadas culturalmente, ante algo que constituye una “catástrofe humana”, término aplicado por un escritor de Europa oriental a las cuantiosísimas pérdidas humanas de la Segunda Guerra Mundial? Una de las causas, perfectamente estudiada, es la trama de razones pseudointelectuales que se ha ido tejiendo día a día para cubrir, como un velo, tan impresentable práctica. Esta trama de sinrazones es la que intentaré ir mostrando, capítulo a capítulo, a través de breves análisis que el amable lector podrá compartir y ampliar con su propio talento.

No se trata de análisis políticos sino filosóficos y filológicos, dirigidos a clarificar –del modo más sencillo posible– el verdadero sentido de cuanto se dice y hace en torno al aborto. Mi finalidad no es atacar a personas o grupos, sino aclarar las ideas, para que los hechos queden patentes ante la vista, sin sofismas que los oculten ni manipulaciones que los tergiversen. Sólo deseo que el lector logre verse confrontado de forma totalmente lúcida con uno de los acontecimientos más cuestionables de nuestra época. Vale la pena dedicarle un poco de nuestro tiempo, porque se trata de la vida de unos y del sentido o el sinsentido de la vida de los demás.

El día 20 de diciembre de 2013, el Consejo de Ministros aprobó un Proyecto de Ley que reforma la vigente ley del aborto, que llega al extremo de considerar como un *derecho* de las madres la práctica abortiva libre dentro de un determinado plazo y de permitir a las jóvenes de 16 años abortar sin consentimiento paterno. Es obvio que esta ley necesitaba una urgente

reforma. A pesar de ello, la oposición se lanzó al ataque con los ojos cerrados sin el menor propósito de dialogar con el Gobierno con vistas a una posible mejora de la redacción de dicho proyecto. Se avecina una agria confrontación. Tanto más necesaria es la labor de clarificación que realizo en este libro, escrito para quienes aprecian el valor de la verdad del ser humano e intentan asumirlo en su vida. Esta polémica, ya iniciada en los medios y las redes sociales, será sin duda una piedra de toque para ver si la sociedad actual se halla, en buena parte, ennegrecida para los grandes valores humanos.

Madrid, enero 2015

1. EL ABORTO Y EL REGRESO CULTURAL

«Lo peor que está pasando en el mundo es el aborto».

Beata Teresa de Calcuta

Esta cuestión debe ser tratada con toda serenidad, hablando a la inteligencia desde la inteligencia, sin enconos ni *prejuicios*, es decir, sin *juicios previos* infundados, inspirados más por la pasión que por el entendimiento; evitando términos ofensivos, aunque ciertas prácticas lesionen nuestra sensibilidad. El hecho de que –según el Instituto de Política Familiar– en sólo el año 2012 se hayan cometido en España 112.390 abortos (¡ciento doce mil trescientos noventa!) y la cifra conjunta de los años 2003–2012 ascienda a 1.041.241 (¡un millón cuarenta y un mil, doscientos cuarenta y uno!) causa escalofrío y nos obliga a ser firmes en el fondo, aunque –por razones de educación– nos mantengamos moderados en la forma.

1.1. Planteamientos falaces.

Esa necesaria firmeza debe llevarnos a evitar planteamientos falaces del tema del aborto. Una de las formas más recurrentes de manipulación es plantear de modo *unilateral* el tema del aborto. Se empieza afirmando -punto 1- que hay jóvenes angustiadas a causa de un embarazo no deseado y debemos ayudarles. De ahí se concluye rápidamente -punto 2- que es necesaria una ley proabortista lo más amplia posible. La afirmación del punto 1 es absolutamente cierta, pero el planteamiento resulta inaceptable, por unilateral. La primera exigencia de todo buen planteamiento es que sea completo, es decir, que ponga sobre la mesa todos los datos del problema, antes de sacar conclusiones. Por tanto, al punto 1, que es impecable, habría que añadir un punto 2: *En el aborto se elimina una vida humana*. Si algún partidario del aborto piensa que, en ciertos momentos del proceso de gestación, no se trata de vida *humana*, vida perteneciente a su misa especie, debe demostrarlo con razones científicas. Actualmente -sobre todo después del desarrollo de la fecundación in vitro-, la ciencia y la técnica biológicas tienen un conocimiento sobradamente claro de esta cuestión. Pero este punto exige un tercero: Si reconocemos que se trata de una vida *humana*, debemos responder a la pregunta de *si es lícito eliminarla*. En caso de que el proabortista opine que sí, ha de saber que con ello se rompe el maravilloso consenso a que había llegado la humanidad de adoptar un *respeto incondicional ante la vida humana*, tan incondicional que incluso se respeta la vida de quienes han privado de ella a sus semejantes. Si, a pesar de todo ello, sigue defendiendo el aborto, sepa que no va a promover la felicidad de las mujeres que lo perpetren pues las someterá al temible *síndrome postaborto*, tormento oculto que no golpea la sensibilidad de las gentes, pero no por ello deja de ser menos amargo para las infortunadas que lo padecen en soledad. *Si ponemos estos cinco datos ante la vista, difícil nos va a ser elegir el aborto como salida óptima al problema planteado en el punto 1.*

1.2. Necesidad de un lenguaje claro y preciso.

La extrema gravedad del asunto nos urge a usar un lenguaje claro, preciso, que llame a las cosas por su nombre, sin afán de emboscar la realidad, por dura que sea. No es adecuado decir, por ejemplo, que se “interrumpe un embarazo”. El término “interrumpir” sugiere una acción pasajera, como cuando se interrumpe una conversación para reanudarla después. En el caso del aborto, se anula *para siempre* un proceso biológico cuyo fruto iba a ser muy pronto, en cuestión de meses o semanas, un nuevo ciudadano, un ser dotado de plenos derechos y deberes. Los trucos de la manipulación los conocemos sobradamente, y no estamos dispuestos a

aceptar impunemente los malabarismos que se están haciendo con el lenguaje para emboscar la inaudita crueldad de las prácticas abortivas¹.

Al tratarse de una cuestión muy seria –en la que se juega a diario la vida de multitud de seres humanos–, es ineludible y urgente llegar a convicciones firmes. Para ello, nuestro razonamiento ha de partir de hechos innegables, que todos los ciudadanos debamos aceptar, con independencia de nuestra filiación política y nuestras creencias religiosas. Sólo así tendremos un punto de partida común, sobre el cual edificar nuestro discurso. La discusión sobre el aborto se oscurece, a menudo, por apoyarse en vocablos muy ambiguos, que ningún área de conocimiento ha logrado clarificar de modo irrefutable. Se indica, a veces, que hasta el momento de la anidación no puede considerarse el feto como una persona. Pero no se alude siquiera al hecho de que el concepto de *persona* es difícilísimo de definir, debido a su interna riqueza. Mucho más lo es precisar en qué momento del proceso de gestación presenta el feto las características de un ser personal. No es razonable querer decidir la licitud o ilicitud del aborto en virtud de afirmaciones que hoy por hoy no podemos fundamentar debidamente. Hemos de basarnos en hechos ciertos, reconocibles por todos. Entre tales hechos figuran los siguientes.

- Tras muchos vaivenes, la humanidad ha conseguido a lo largo de siglos incrementar el respeto a la vida, hasta el punto de que muchos países han renunciado a aplicar la pena capital incluso a los delincuentes más peligrosos. Esta actitud es considerada, generalmente, como un *signo de verdadero progreso en humanidad*, un avance en cuanto a madurez pues supone un ascenso de nivel. En el *nivel 1* –el del control y el dominio–, el procedimiento lógico para resolver los problemas de convivencia es alejar *definitivamente* de la vida social a quienes la lesionan de forma violenta. En el *nivel 2* –el de la creatividad y el encuentro– se piensa que la vida humana es un don maravilloso, enigmático, del que la humanidad se siente depositaria pero no dueña. *Disponer* de una vida humana nos parece hoy una desmesura tal que preferimos respetar la existencia de quienes parecen empeñarse en privarla de todo sentido. Nos mueve a ello, entre otras razones, la convicción de que el ser humano posee una capacidad de iniciativa suficiente para hacer posible una recuperación, por inverosímil que sea en ciertos casos.
- Cuando acontece la concepción, se inicia un proceso asombroso que, de no ser alterado violentamente desde fuera, llega casi siempre a término y da como fruto un nuevo *ser personal*. Se trata de un proceso *unitario* –no dividido en fases cualitativamente distintas, como se pensaba en la Edad Media– que aboca al nacimiento de un ser humano, merecedor –por derecho propio– de llevar un nombre –Juan, María... – y formar parte de nuestra sociedad con plenitud de derechos y deberes.
- Echar a andar el proceso de gestación de un nuevo ser de la *especie humana* –con cuanto implica– es un acto que exige mucha responsabilidad. Ser *responsable* significa, en este caso, responder a la llamada que nos hace un valor. Los valores no sólo existen; se hacen valer. Una vida humana –aunque se halle en estado de formación– implica un valor, porque es una “fuente de posibilidades de diverso orden”. Cuando uno *responde positivamente* a ese valor, se hace *responsable* de las consecuencias de tal respuesta; responsable, por tanto, de la nueva vida que vendrá pronto a incrementar nuestra comunidad de personas. Todo lo relativo a las fuentes de la vida merece un inmenso respeto, pues, al entrar en contacto con ellas, tocamos fondo en la realidad que nos sostiene a todos.
- En ciertos casos, el feto presenta malformaciones que permiten presagiar en el futuro anomalías graves. Aceptar a un hijo marcado con una tara que hará difícil o

¹ A. López Quintás, *La revolución oculta. Manipulación del lenguaje y subversión de los valores*, PPC, Madrid 1998 y Biblioteca Digital de la U.F.V., 2019.

imposible una mínima calidad de vida supone un sacrificio notable por parte de los padres.

- Los padres se hallan, a veces, en condiciones poco propicias para tener un hijo y atenderlo debidamente. a) Son muy jóvenes y necesitan seguir formándose; b) aun siendo ya adultos, carecen de recursos económicos; c) cuentan con medios, pero quieren disponer de libertad para vivir la vida sin trabas; d) por diversas circunstancias no quieren reconocer en sociedad su condición de padres. Frente a estos hechos, ¿qué actitud nos recomienda adoptar nuestra razón, con su capacidad de razonar, discernir y decidir *libremente*, con *libertad creativa* –propia del *nivel 2*–, inmensamente superior a la mera libertad de elegir arbitrariamente –*nivel 1*–?

1.3. El respeto incondicional a la vida constituye el máximo progreso.

La primera recomendación es no buscar razones para legitimar el aborto en contra de los derechos de seres indefensos y a favor de la “capacidad de maniobra” de los mayores, capacidad propia del nivel más elemental, el nivel 1. El respeto a la vida humana debe ser *incondicional y absoluto*. Razones para anular la vida no es difícil encontrarlas, porque el afán de dominio nos ciega para los valores y consideramos como *válidas* unas razones que están lejos de serlo. Una vez abierta esta vía del dominio y el manejo arbitrario de la vida de otros seres, pueden encontrarse razones para eliminar no sólo a quienes todavía carecen de voz y no pueden reclamar sus derechos, sino a quienes no se acomodan al modelo de “vida útil y justificable” que impongan los grupos más poderosos. Todo el que conozca la historia de la llamada “gran catástrofe humana” del siglo XX no podrá sino alarmarse ante el panorama que se abre ante nosotros cuando renunciamos a un logro de la Humanidad que debiera ser definitivo y, por tanto, intocable: *el respeto incondicional a la vida humana en toda situación*. Es la aportación más valiosa del nivel 2.

Si adoptamos esta actitud respetuosa –lo que supone un avance en madurez–, no dudamos en movilizar la imaginación creadora para buscar soluciones viables y dignas a los problemas señalados en los puntos 4 y 5. La humanidad actual tiene en su mano multitud de medios para dar una salida digna a situaciones problemáticas. Lo saben bien quienes trabajan en asociaciones de ayuda a jóvenes desamparadas, que, por cierto, suelen ser tratadas con suma hosquedad por los partidarios a ultranza del aborto cuando buscan una salida distinta a la eliminación de la vida de su hijo.

Considerar como signo de *progreso* la legalización del aborto y, en nombre del “progresismo”, defender a ultranza la práctica más amplia posible del mismo denota una confusión mental sumamente peligrosa, pues nos hace regresar a épocas de un primitivismo cultural y moral que hoy nos abochorna. No olvidemos que la *cultura* consiste, radicalmente, en crear formas de unidad valiosas con el entorno, sobre todo con el humano. Lo verdaderamente culto es respetar incondicionalmente la vida humana. A este alto grado de cultura habíamos llegado. Con la práctica del aborto perdemos incomprensiblemente este bien de la Humanidad, más valioso todavía que los edificios, las ciudades y los parques naturales que consideramos como un “patrimonio universal” y cuidamos con sumo esmero.

Estas ideas básicas serán explanadas y profundizadas en los capítulos siguientes. En ellos trataremos el tema del aborto desde perspectivas distintas y complementarias. A esto se debe que pueda repetirse alguna idea. El lector advertirá que no se trata de insistir en lo mismo, sino de abordar un nuevo aspecto de la misma cuestión. Conforme al “método en espiral”, iremos cercando el tema desde ángulos diferentes para lograr una visión completa y honda del mismo.

2. LA IRRACIONALIDAD DEL ABORTO

«Desde hace años, todos los días vivo angustiado pensando que, de forma fría y sistemática, en mi país miles de niños mueren abortados».

Julián Marías

Los partidarios del aborto rehúyen ser tachados de arbitrarios y se esfuerzan por mostrar que la despenalización de las prácticas abortivas está basada en razones sólidas. Basta un análisis somero de las mismas para advertir que no están a la altura de la gravedad del tema tratado. No responden a un estudio serio de la realidad, sino a un afán estratégico de presentar como “razonable” un procedimiento violento que suprime de raíz una vida humana en desarrollo.

Los seres humanos solemos buscar con afán una justificación racional a cuanto hacemos, por injustificable que parezca en principio, a fin de no sentirnos demasiado envilecidos a nuestros propios ojos. Es comprensible esta tendencia, pero, cuando se trata de cuestiones muy graves, no tenemos derecho a permitirnos forma alguna de consuelo que no vaya avalado por un criterio realista. Es la realidad, en definitiva, quien nos da o nos quita la razón.

2.1. La cruda realidad del aborto.

Actualmente disponemos de medios suficientes para llevar a cabo un estudio realista de lo que significa el aborto, con independencia de toda ideología partidista.

- La Biología determina con precisión cuándo empieza el proceso de gestación y desarrollo de la vida humana, proceso que sin ruptura cualitativa lleva a la plenitud de la vida personal.
- La Metodología filosófica nos enseña a descubrir los recursos que suelen movilizarse para manipular la opinión pública. Entre tales recursos estratégicos figura actualmente el “planteamiento sentimental”. No se plantea el tema del aborto en toda su envergadura y de modo radical. Se intenta conmover la fibra *sentimental* de las gentes, subrayando el carácter penoso que reviste el embarazo en ciertas condiciones. Se ocultan cuidadosamente los diversos modos posibles de resolver estas situaciones conflictivas, y se sugiere la conveniencia de recurrir a la salida más drástica y contundente –el aborto–, sin prestar atención a las secuelas de diverso orden que puede sufrir la persona a quien presuntamente se quiere ayudar.
- La Antropología Filosófica descalifica ciertas afirmaciones que están en la base de las “argumentaciones” proabortistas. Afirmar, por ejemplo, que “la mujer tiene un cuerpo y puede decidir arbitrariamente los procesos que en el mismo tienen lugar” es situarse fuera de la realidad, porque el ser humano *no tiene cuerpo; es corpóreo*. Por fortuna, nuestro cuerpo no es un objeto que pueda ser poseído. Ya el famoso caballo de la *Historia de un caballo* –de León Tolstoi– subrayaba con razón que los hombres se dejan llevar de su tendencia posesiva y reducen a meros *objetos* realidades que están muy por encima del nivel objetivista. Al decir “tengo mujer, tengo hijos, tengo cuerpo”, en el mismo plano en que se afirma “tengo dinero, tengo casa, tengo coche...”, el lenguaje nos traiciona y nos delata.

2.2. Las insuficiencia radical de las razones proabortistas.

A la luz de una Antropología, Metodología y Biología bien aquilatadas, las razones que se están haciendo valer a favor del aborto a través de los sutiles medios de que dispone la propaganda son del todo insuficientes. Podría mostrarse fácilmente en pormenor. Pero lo verdaderamente grave es el hecho de que se busquen razones para justificar la anulación de vidas humanas. Tras cometer mil errores y atropellos, la Humanidad había llegado en nuestra época a una situación de cierta madurez, en la cual se optaba por la vida aunque parecieran existir razones en contra de la misma. Así, en la mayoría de los países se ha abolido la pena de muerte y se intenta recuperar a los asesinos para la vida de sociedad. Ahora, en cambio, ciertos grupos se enfrentan a esta línea de progreso humanístico y se lanzan a una búsqueda frenética de razones en contra de la vida naciente.

Un examen sincero de este fenómeno descubre en él una extrema peligrosidad, pues todos los genocidios se han realizado siempre en virtud de ciertas razones que se suponía poderosas. Recuérdese cómo, en la película *Holocausto*, uno de los responsables directos del sacrificio masivo de millones de personas confesaba haber actuado con el convencimiento de hacer un bien a la Humanidad (!). De hecho, tras las actitudes y actuaciones del nacionalsocialismo se hallaba latente y operante cierta corriente filosófica, suministradora sin duda de toda clase de “razones”. La historia alberga un catálogo tan amplio como siniestro de razones para matar. A la altura histórica en que nos hallamos hoy, debiera ser impensable que alguien siguiera haciendo depender la vida humana de determinadas razones, pues ello constituye un regreso a estadios primitivos.

Para ponerse a salvo, algunos promotores del movimiento abortista se están apresurando a declarar que no son partidarios de este tipo de remedios drásticos, pero se ven obligados a utilizarlos por ciertas razones poderosas. Frente a esta astucia, debe subrayarse con toda energía que el mero buscar o aceptar razones es ya una renuncia injustificable a un logro de la humanidad que debiera ser definitivo y, por tanto, intocable: *el respeto incondicional a la vida humana*. Es demasiado peligroso este camino de la autojustificación para iniciarlo precisamente “por razones humanitarias”, como a veces se indica cínicamente.

Antes del recurso al aborto, existen muchas formas de resolver los problemas que pueda suscitar el advenimiento de una nueva vida. No aludir a ellas sólo puede responder a una falta total de imaginación creativa o al afán autoritario de imponer las medidas abortistas como única salida. Pero querer resolver tales problemas mediante el sacrificio de un inocente es un procedimiento primitivo, falto de calidad humana.

3. QUÉ SIGNIFICA «LEGALIZAR» EL ABORTO

«Para que una ley sea justa no sólo debe estar de acuerdo con la legalidad, es necesario que se fundamente en unos valores y principios que la legitimen; sin ellos no será una verdadera ley»

Dra. María Dolores Vila-Coro

«De todo lo que disputan los hombres doctos, nada supera, desde luego, a la clara convicción de que hemos nacido para la justicia y de que el derecho se funda en la naturaleza y no en el arbitrio»

Marco Tulio Cicerón

3.1. ¿Tiene alguien «derecho» a abortar?

El aborto no puede considerarse nunca como un derecho, un derecho de la madre sobre la vida del hijo, pues éste, desde el instante de su concepción, es un ser independiente de quien lo gesta, según nos enseña de forma contundente la Embriología actual. Está lejos de reducirse a una especie de tumor que haya surgido, involuntariamente, en el cuerpo de la madre. Lo expresa con firmeza Julio Bariloche, catedrático de Derecho Procesal en la Universidad Complutense de Madrid: *«En nuestro ordenamiento constitucional, el aborto provocado no sólo no es un derecho sino que es siempre un delito; lo que sucede es que no resulta punible cuando concurren determinadas circunstancias señaladas por la ley»*.

Sabemos bien que los derechos son auténticos cuando tienen como finalidad promover el bien y evitar el mal, defender la justicia y protegernos de la injusticia. El bien básico del hombre es la vida; por eso, su derecho primario es a vivir y desarrollarse plenamente. Y, como este desarrollo requiere posibilidades de todo orden, la sociedad está obligada a facilitarlas un día y otro a cada persona.

La primera y primaria posibilidad que debe conceder la sociedad al ser humano es la de vivir. El aborto corta la vida en agraz. Es, obviamente, una acción supremamente *injusta*, por tanto *inmoral de raíz*, pues la esencia de la moralidad consiste en ayudarnos a configurar nuestra vida de modo fecundo, conforme a la vocación inherente a nuestra condición de personas. No tiene sentido afirmar que tenemos derecho al aborto. La verdad es lo contrario: tenemos derecho en favor de la vida y contra el aborto.

Hoy es despenalizado el aborto en algunos casos, lo cual indica únicamente que la sociedad no penaliza a quien lo practica. Estos abortos legales sólo son morales cuando hay un serio conflicto entre la vida de la madre y la del hijo. La hija de un destacado político español enfermó de cáncer durante un embarazo. Le comunicaron que, si se sometía a la quimioterapia, perdía al hijo. Ella prefirió esperar a tener el hijo antes de recibir el tratamiento. Fue una decisión heroica, porque hubiera podido legal y moralmente recibir de inmediato ese tratamiento e intentar, así, su curación, aunque el hijo, por un efecto colateral, sufriera un daño irreversible, lo que sería un claro caso de «voluntario indirecto». No lo hizo, y dio vida a su hijo a costa de la suya.

3.2. Necesidad de clarificar la conciencia.

Conviene saber que una conciencia errónea no justifica nuestra actitud y nuestra actividad. Cuando se trata de cuestiones que comprometen la vida o, al menos, la felicidad de

otras personas, debemos esforzarnos en clarificar la conciencia. Ciertos tiranos que ensombrecieron a Europa central y oriental a partir de 1939 actuaron –según se dice a menudo– con plena seguridad de conciencia. En cierto documental intentaron justificar el exterminio de los niños hebreos aduciendo que *llevaban sangre judía y, al llegar a mayores, se convertirían en terribles enemigos*. Más que nunca puede aplicarse aquí la sentencia del entonces Cardenal Ratzinger, según el cual “el firme convencimiento subjetivo y la seguridad y falta de escrúpulos que derivan de él no exculpan al hombre”².

Esta conciencia errónea nos impermeabiliza frente al sentimiento de culpa, nos aletarga espiritualmente y nos dispone para cometer las mayores crueldades con aparente frialdad. De ese sueño letal sólo puede despertarnos el sentimiento de culpa. De ahí que el enmudecimiento de la conciencia sea una enfermedad del alma más peligrosa que la culpa reconocida como tal. Este reconocimiento nos pone alerta respecto a las enfermedades espirituales, como sucede con la fiebre y el dolor corporal en cuanto a las enfermedades corpóreas. El que no experimenta culpa alguna al comportarse de modo indigno es como un “cadáver viviente” por lo que toca a la vida del espíritu, como afirma el psicólogo Albert Görres³.

La sociedad actual no parece, en conjunto, sentirse culpable de tolerar el fenómeno del aborto, ni siquiera cuando éste adquiere proporciones alarmantes. Es éste un mal síntoma, pues indica que ha perdido ya el sentimiento de culpa. No suele suceder esto con las mujeres que abortan, pues su naturaleza misma les descubre la sima en que han caído mediante el lenguaje de la angustia, la ansiedad, la zozobra incesante. Al final de este libro aduciremos algunos testimonios impresionantes.

No debemos identificar la conciencia –la voz interior que nos invita a distinguir el bien y el mal– con cualquier idea que podamos hacernos precipitadamente de nuestro comportamiento moral. Nuestra conciencia auténtica es una conciencia abierta, vinculada a los valores, a las palabras de sabiduría que nos han legado personas muy selectas. Nos equivocamos cuando queremos justificar una actuación negativa diciendo: «*Yo actúo sinceramente; por tanto, mi vida se halla acorde a mi conciencia*». Supongamos que es así, pero esta conciencia puede ser mera expresión de mis deseos y apetencias, y éstos no llevan en sí su propia justificación. Hay conciencias que no son sino reflejo de lo que se dice y se hace a su alrededor. Son conciencias enajenadas, alienadas. Les falta un criterio lúcido y sólido para discernir lo que nos construye y lo que nos destruye. A lo largo del siglo XX hubimos de estremecernos una y otra vez al observar cómo ciertas sociedades perdían el sentido moral, la conciencia de lo justo y lo injusto, lo noble y lo ruin, y parecían renunciar por principio a todo sentimiento de bondad y misericordia.

Guiarse por una conciencia errónea nos parece cómodo al principio, pero ese enmudecimiento de la voz interior degenera pronto en una trágica deshumanización de la convivencia. Se comprende que, a la vista de la decadencia actual, un alto dirigente espiritual de la Europa del Este, el Patriarca de Moscú, haya afirmado con toda decisión: «*Tenemos que conducir de nuevo a la humanidad a los valores morales eternos*».

3.3. La legalización o despenalización del aborto.

Esta despenalización suele limitarse a tres casos:

1º) La violación.

2º) Un peligro grave, físico o psíquico, para la madre por causa del embarazo.

² Cf. *Verdad, valores, poder. Piedras de toque de la sociedad pluralista*, Rialp, Madrid 1995, pág. 50.

³ Apud J. Ratzinger, o. c., pág. 51.

3º) Una grave malformación física o psíquica del feto.

En cuanto al primer caso, conviene en principio mostrar a la joven violada la elevación y dignidad que tendría su proceder si aceptara dar vida al ser que ha concebido involuntariamente, para luego asumirlo como hijo o bien darlo en adopción. Con ello realizaría el prodigio de transformar un mal horrendo en un bien admirable. Puede ser que la joven no quiera albergar dentro de sí lo que es producto de una intromisión violenta, pues no tolera psíquicamente esa invasión de su intimidad. El legislador ha tenido en cuenta la posibilidad de esta situación y permite a la joven abortar; no penaliza esa acción violenta, porque aquí se hallan enfrentadas dos vidas: la del niño no deseado sino impuesto, y la de la madre que, tras el atropello sufrido, puede verse perturbada psíquicamente de modo grave. No se trata de que la madre quiera ahorrarse el esfuerzo de criar al hijo, mantener su libertad de acción, acomodarse al parecer y voluntad de alguien de su entorno. Estamos ante una situación de verdadera confrontación entre dos vidas, y se sacrifica una vida germinal en bien de la vida de una persona adulta inocente que no logra superar el trauma vivido.

Por lo que toca al segundo caso, la ley despenaliza el aborto cuando un especialista certifica, con fundamento sólido, que el embarazo y cuanto implica provocará un grave daño físico o psíquico a la madre. No se alude aquí a cualquier tipo de preocupación, malestar, incomodidad o contratiempo que un embarazo no deseado pueda ocasionar a la joven madre. Todo ello es sin duda penoso para ella, pero no supone en principio un daño grave que ponga su vida en peligro. Toda persona adulta debe ser responsable de las consecuencias de sus actos. La irresponsabilidad acarrea a veces secuelas dolorosas, pero éstas no justifican que se intente resolverlas de la forma drástica que supone todo aborto. Nos consta que este segundo caso se ha convertido en un portalón abierto por donde se introducen arteramente la mayoría de los abortos, incluso en los últimos tiempos de la gestación, en los cuales tal práctica linda, a ojos vistas, con el homicidio. Los gobiernos deben sentirse obligados, sin la menor excusa, a tomar medidas para que la despenalización del aborto no se convierta en una patente de corso para todo tipo de abortos.

Con razón termina un editorial de ABC de esta forma:

«No haría nada extraordinario el Gobierno en reconocer que el supuesto del riesgo para la salud “psíquica” de la madre es un coladero de abortos ilegales y que la verdadera reforma necesaria no es una ley de plazos para dar carta de impunidad a lo que hoy son puramente delitos de aborto, sino reducir el aborto despenalizado a los casos de estricta incompatibilidad vital entre madre e hijo, e impulsar una política de apoyo activo a la mujer embarazada y a la maternidad»⁴.

En el caso 3º, si una mujer se encuentra ante la difícil coyuntura de aceptar o no a un niño afectado de alguna deficiencia y no se ve con fuerzas para asumir la responsabilidad de tomarlo a su cuidado, puede optar por darlo en adopción. Son numerosas las familias que no escatiman medios para conseguir una adopción en el extranjero, debido a la dificultad de hacerlo en su patria. Es hora de promulgar una ley de adopción que facilite los trámites y anime a muchas jóvenes embarazadas a encontrar una salida digna a su desesperación.

Es aleccionador advertir que no son infrecuentes los casos en que padres de niños discapacitados afirman que éstos, a pesar de las dificultades que acarreen -o, tal vez mejor, precisamente por ellas-, son una bendición para la familia. Uno de ellos, el ex-presidente del Tribunal Supremo español, Federico Carlos Sainz de Robles, manifestó que «nada en su vida había cohesionado más a su familia y había dado más sentido a su vida que la dedicación que

⁴ Cf. ABC (18.1. 2008) pág. 4.

desde el día en que nació tuvo hacia aquel hijo suyo con tales carencias» (citado por Alberto Ruiz Gallardón, entonces ministro de justicia)⁵.

⁵ Cf. ABC (27.12. 2013) pág. 20.

4. LA ACEPTACIÓN DEL ABORTO: UNA «CATÁSTROFE HUMANA»

«...Con la doctrina constitucional existente, una ley de plazos, reclamada por algunos, sería inconstitucional en España, porque el derecho a la vida del feto sólo cede en razón de otros posibles derechos de igual grado, pero no por la mera voluntad de la madre que lo lleva y alimenta».

Julio Bariloche,
catedrático de Derecho Procesal
de la Universidad Complutense

El tratamiento que suele darse al tema del aborto dista mucho de ser ejemplar. Los partidarios de la despenalización del aborto se expresan a menudo en términos de *lucha*, como si, al perseguir tal medida, se tratara de lograr una victoria sobre unos determinados adversarios. Dicho éxito es presentado de ordinario como un paso “progresista” hacia una situación de mayor libertad.

Este planteamiento es, a todas luces, inadecuado, porque, cuando algo tan valioso como la vida humana está en juego, lo único que procede es analizar cuáles son los derechos de esa realidad y hacerle justicia. En esta grave cuestión no podemos permitirnos la menor ligereza; debemos actuar sobre seguro. Para ello hemos de atenernos a lo que la ciencia actual afirma de la vida intrauterina.

En la Edad Media pudo pensarse, por falta de conocimientos científicos, que al comienzo del proceso de gestación no hay sino una realidad vegetativa, que más tarde adquiere un carácter *sensitivo* y posteriormente muestra una condición inteligente. Hoy día la ciencia biológica afirma que desde el instante de la concepción existe un ser nuevo –distinto de la madre– que dispone de todo lo necesario para desarrollarse plenamente. Este desarrollo implica cierto tiempo, pero conduce ininterrumpidamente a eso que llamamos persona humana, capaz de adquirir una forma de personalidad definida.

4.1. Condición humana del feto.

Ese ser humano en desarrollo posee desde el principio una condición rigurosamente *humana*; está dotado, por tanto, de “personidad” –término acuñado por Xavier Zubiri–, aunque todavía no haya alcanzado el grado de desarrollo que sugiere el término “personalidad”. Ello no permite, sin embargo, afirmar que el feto sea un ser humano “en potencia”. ¿Qué significa esto exactamente? ¿Que todavía no puede ver, oír, hablar, pensar, comunicarse...? Estas actividades tampoco las pueden realizar los niños recién nacidos y todo ser humano que sufra ciertas deficiencias patológicas. Pero no por ello carecen de condición humana.

Sería necesario que los partidarios del aborto aclarasen bien estos puntos, pues son ellos los que deben demostrar que no es una vida rigurosamente humana la que es eliminada en el aborto. Una autoridad mundial en cuestiones éticas, el catedrático alemán Robert Spaemann, ha escrito sin ambages:

«Debería poseerse una completa certeza de que los niños no nacidos no son personas para poder justificar que sean entregados a la muerte. Cualquier duda, cualquier incertidumbre en ese punto, sólo puede obrar razonablemente a favor de la

vida. Quien dispara sobre algo que se mueve en la espesura del bosque con la duda de que pueda tratarse de una persona puede ser condenado por homicidio culpable»⁶.

La ciencia progresa decididamente hacia una concepción del ser humano como una realidad que presenta unos caracteres bien determinados en todos los momentos de su desarrollo temporal. Cada día, por tanto, se opondrá más firmemente al intento de considerar el feto como una forma de vida *prehumana*. La filosofía, por su parte, está consiguiendo en los últimos tiempos una comprensión más aguilatada de los diversos momentos de la vida del hombre y de la interrelación de los diferentes estratos de la misma, por ejemplo el biológico y el psíquico, el sensible y el inteligente. Todo el que conozca un tanto la marcha del pensamiento actual y distinga, por consiguiente, entre “personidad” y “personalidad” lo pensará dos veces antes de negar que el ser gestado por un hombre y una mujer sea una realidad rigurosamente humana. Y ya sabemos que, en caso de duda, las personas responsables toman opción a favor del ser afectado, según el antiguo adagio “*in dubio, pro reo*” (en caso de duda, ha de favorecerse a la realidad cuestionada). En el caso del aborto, debemos decir: “*In dubio, pro vita*” (en caso de duda, defiéndase la vida).

No tiene sentido, pues, hoy día basarse en la ignorancia que padecemos acerca del momento preciso en que ostenta el feto una condición *personal* –en sentido estricto– para justificar la práctica del aborto en ciertos momentos del embarazo. ¿En virtud de qué certezas biológicas y filosóficas se justifica la anulación del maravilloso proceso de gestación durante tales o cuales semanas? Los que defiendan el derecho a hacerlo están obligados a demostrar que en ese momento no estamos ante un *ser humano en gestación*. Si son incapaces de ello, no pueden arrogarse el derecho de anular dicho proceso. Se “despenaliza” el hecho de hacerlo si algún especialista certifica que la vida del feto compromete de modo gravísimo la vida o, al menos, la salud de la madre. Se trata, entonces, de dirimir un conflicto entre dos derechos: el derecho a vivir de la madre gestante y el del niño en gestación. Si la ciencia actual no puede satisfacer ambos derechos, está autorizada a conceder primacía al de la madre sobre el del *nasciturus*.

4.2. Un conflicto de intereses.

La razón que se esgrime a menudo como definitiva es el conflicto entre el derecho del *nasciturus* a la vida y el derecho de la madre a velar por alguno de sus intereses. Debiera aquí evitarse toda precipitación, inspirada por el deseo de resolver los problemas expeditivamente. El término “conflicto” es sumamente ambiguo. Para que el conflicto entre dos derechos pueda considerarse como insoluble debe analizarse con el mayor cuidado si no existe alguna posibilidad de resolver la situación y evitar la confrontación abrupta de derechos. La ambigüedad –y, por tanto, la peligrosidad en este contexto– del término *conflicto* se agudiza al máximo si se habla de conflicto entre los derechos del *nasciturus* y el derecho de la madre a cuidar su salud *mental* o *psíquica*. Estos adjetivos presentan una vaguedad tal que no permiten basar en ellos una acción tan cargada de consecuencias de todo orden como es un aborto. El estudio de la mente, de la psique, del cerebro, del espíritu humano en general se halla todavía en mantillas. Cuando discuten sobre temas no sometibles a peso y medida, los mayores pensadores se expresan con poca precisión por tratarse de cuestiones extremadamente sutiles entre las que apenas resulta viable trazar límites estrictos. ¿Cómo es posible que se intente justificar la anulación de una vida humana con el mero recurso a un posible conflicto de tipo “psíquico”? Se ve a simple vista que es una temeridad.

Por otra parte, proponer la existencia de un conflicto como base de justificación del aborto abre una vía muy peligrosa. Piénsese, por ejemplo, que entre un asesino y la sociedad existe un evidente *conflicto* de intereses. Si, al haber conflicto –incluso, a veces, soluble– entre

⁶ Cf. *Ética, política y cristianismo* (Palabra, Madrid 2007) pág. 222.

el derecho del nasciturus a la vida y el de la madre a evitar un *posible problema psíquico*, se permite que la madre lo resuelva drásticamente mediante la negación del derecho del hijo a nacer, ¿qué razón válida se puede aducir para considerar como injustificable la pena de muerte y, por tanto, abolirla cuando se trata de personas *extremadamente conflictivas*? No pocas personas –ciertos tipos de subnormales, enfermos crónicos, ancianos muy mermados de facultades– plantean, asimismo, serias *dificultades* a los familiares y representan una carga para la sociedad; carga que ésta ha de asumir con buen ánimo y espíritu solidario. Asusta prever a qué excesos contra los derechos humanos podemos llegar si confundimos *dificultad* y *conflicto*, y tomamos éste como un recurso legal para aniquilar una vida en formación.

4.3. La pérdida del respeto incondicional a la vida humana.

Por una vez, no defendamos posiciones preconcebidas y analicemos bien la realidad. Recomendar esta medida no significa falta de sensibilidad para los problemas que plantea a menudo el embarazo. Nadie tiene derecho a suponer que los demás carecen de buen corazón. A menudo, no se trata de insolidaridad sino de lucidez mental. Somos muchos los persuadidos de que el hombre actual, con los recursos que posee, podría, con sólo poner en juego la imaginación creativa, movilizar medios suficientes para resolver ciertos conflictos agobiantes sin necesidad de agravarlos con medidas que parecen las más eficaces –por su carácter contundente–, pero no son ni las únicas ni las más beneficiosas para todos ni, por supuesto, las más conformes a las exigencias de la realidad; exigencias que se traducen en normas morales ineludibles.

Como hemos dicho, tras siglos de errores, la Humanidad había llegado en los últimos tiempos a adoptar una actitud de respeto *incondicional* a la vida humana. Era un signo de madurez. Perder ese respeto, por conmovedoras que parezcan ser las razones aducidas para ello, significa un regreso de consecuencias imprevisibles. Considerarlo como un acontecimiento «progresista» es un escarnio.

No tiene, por tanto, sentido dedicar tiempo a discutir en qué momento del proceso de gestación cabe despenalizar el aborto. ¿Qué sentido tiene permitirlo durante un tiempo y prohibirlo en otro? En todo momento se está destruyendo un proceso de gestación. Ciertamente nos impresiona más esa destrucción cuando el feto adquiere mayor tamaño y una figura más parecida a la de un bebé. Pero en cuestiones tan graves no debemos dejarnos llevar de las *impresiones*, sino de la realidad. Lo real es que antes de realizar el acto abortivo tiene lugar un proceso de gestación de un ser humano, y después del mismo queda anulado dicho proceso, tanto si éste había durado dos semanas como veintidós.

Actualmente, la confusión creada en torno al abuso del aborto es tal que ciertos partidos políticos promueven una llamada “ley de plazos”, que no sólo despenaliza esta violenta práctica sino que la convierte en un “derecho” de las madres. Se olvida que los derechos que nos competen como personas van dirigidos a promover la vida, no la muerte. Los padres tienen derecho a procurar lo necesario para educar a sus hijos debidamente, abrirles horizontes de vida plena, cuidar su salud, pero no destruirla. Atendamos a esto: los derechos que ejercemos en la vida diaria sobre algo afectan sólo a las realidades que *poseemos*. Poseemos *objetos* y disponemos de ellos, pero la vida humana es inmensamente superior a los objetos más valiosos. Exige, por tanto, *respeto* y *estima*. Con razón escribe la Dra. María Dolores Vila-Coro (que fue directora de la Cátedra de Bioética y Biojurídica de la UNESCO): «...Una ley de plazos que dejara al albur de la madre la voluntad de abortar nunca podría ser legítima»⁷.

Debemos, pues, superar la costumbre de recurrir al aborto precipitadamente para solucionar las dificultades provocadas por un embarazo. Antes de acudir a esa solución

⁷ Cf. *La Razón* (12-1-2008) pág. 26.

traumática, habremos de tomar otras medidas. Con ellas podemos salvar una vida (o más) y evitar graves consecuencias psicológicas para la mujer que aborta. Numerosos testimonios de jóvenes que han abortado ponen ante los ojos el drama del llamado “síndrome postaborto”. Vistas en conjunto las consecuencias inmediatas y mediatas del aborto, es innegable que esta práctica constituye una verdadera “catástrofe humana”, expresión acuñada por un autor centroeuropeo para expresar el alcance de la Segunda Guerra Mundial y sus secuelas. Las cifras de los abortos que, según el Instituto de Política Familiar, se están realizando actualmente nos obligan a pararnos en seco de una vez, reflexionar y adoptar medidas adecuadas a la magnitud del desastre. Recordemos que, solo en España, desde 1985 se han producido 1.914.446 abortos...

5. UN INTENTO FALLIDO DE LEGITIMACIÓN DEL ABORTO

«La aceptación social del aborto es el acontecimiento más grave del siglo XX».

Julián Marías

La legalización y, más todavía, la promoción de la práctica del aborto constituye un frenazo violento en el proceso de desarrollo humano. Durante siglos se luchó por dignificar a los seres humanos considerados, en una u otra medida, como indefensos: los niños, las mujeres, los ancianos, los peregrinos y refugiados, los enfermos y esclavos... Tras múltiples errores, a través de una larga cadena de penosas experiencias, la Humanidad consiguió clarificar un tanto sus ideas acerca de la dignidad de la vida humana. La opinión aristotélica de que unos hombres nacen para mandar y otros para obedecer fue, poco a poco, matizada y superada. La convicción de que la libertad y el poderío son privilegio de los más fuertes y mejor dotados para el ataque y la defensa se vio relegada al desván de los recuerdos históricos inconfesables.

Estos avances fueron celebrados porque significaban en el fondo –más allá de las mejoras concretas que afectaban a ciertos grupos– un mayor aprecio de la vida y la dignidad del hombre en cuanto tal. Ello explica que la matanza en masa de millones de inocentes en la primera guerra mundial haya provocado en el hombre occidental una conmoción interior sin precedentes. El “mito del eterno progreso” hizo quiebra en las trincheras de Verdún y Stalingrado. El afán de saber para dominar y disfrutar no llevó al hombre al grado supremo de felicidad, como se presumía, sino a simas de decepción en todos los contendientes y de amargura explosiva en el campo de los vencidos.

Esta hecatombe espiritual provocó diversos tipos de erupciones sociales, entre las que destaca el florecimiento del fascismo y el nacionalsocialismo o nazismo. En los últimos tiempos fueron consideradas ambas corrientes como la negación absoluta de la libertad humana y raíz, por tanto, de buen número de los males de la sociedad actual. Tales ataques estuvieron justificados, sin la menor duda, pues la crítica de los sistemas abiertamente dictatoriales contribuye a mantener viva la llama de la preocupación por salvaguardar la libertad y el afán por consolidar los sistemas democráticos de convivencia.

5.1. Abolición de la pena capital y aceptación del aborto.

Cuando estimábamos haber adoptado una actitud de respeto *absoluto* a la vida humana, en el seno de ciertas democracias y al amparo de la fuerza que supone un número elevado de votos se consideró justificado agredir a la forma de vida humana más desvalida. Obviamente, con ello se interrumpió la marcha decidida hacia un *respeto incondicional* a la vida humana. Si, bajo ciertas condiciones, puede atentarse contra un ser humano –en cualquier fase de su desarrollo vital–, se anula el carácter *absoluto* del respeto a la vida.

Reflexionemos un instante sobre el espíritu que inspiró los movimientos contrarios a la pena capital. ¿En virtud de qué poderoso principio se llevó a cabo felizmente la campaña en contra de la aplicación de la pena de muerte? Hay muchas y sólidas razones para que la sociedad intente defenderse drásticamente de quienes minan sus bases. Sostener en vida a los peores delincuentes es un rasgo de generosidad sólo explicable si la opinión pública estima que ningún hombre ni sociedad alguna pueden quebrantar el respeto absoluto que en toda circunstancia y condición merece la vida del hombre. La cuestión de la pena de muerte sigue sometida a litigio, pero la convicción que impulsa a quienes la impugnan supone un indudable

avance en madurez humana. ¿Cómo es posible que muchos de los detractores de la pena capital se muestren ahora tan prontos a lesionar el derecho básico a la vida que tienen las personas que se hallan en las fases más menesterosas del desarrollo vital?

5.2. El proceso de gestación de un ser humano antes de la anidación.

Actualmente, nadie mínimamente culto ignora que el niño no nacido está lejos de ser un mero vegetal o un apéndice biológico de la madre. Todas las fases de la gestación son momentos del desarrollo de un ser *humano*. Cada día se aclara más esta idea en el plano científico. Pero se discute todavía acerca de si cabe hablar de “individuo humano” desde el momento de la concepción o si hay que esperar hasta la anidación. Durante los 14 días previos a ésta puede suceder que el embrión se duplique y dé lugar a dos seres, los llamados *gemelos univitelinos*. Hasta tal fecha, por tanto, no se puede tener seguridad de que estamos ante un solo ser. Como, según la filosofía, para ser persona se requiere estar “individuado”, separado de todo otro ser, algunos autores piensan que durante ese período de catorce días no hay seguridad de que lo que se está gestando en el seno materno constituya en rigor un ser *personal*. En consecuencia, eliminar este ser mediante el aborto no ha de ser considerado –a su juicio– tan grave en el aspecto ético como hacerlo en un período posterior.

Recientemente, la doctora en derecho y especialista en bioética María Dolores Vila-Coro, bien asesorada por médicos y genetistas españoles y norteamericanos, mostró en una documentada tesis doctoral que tal opinión es insostenible. Respecto a quienes opinan que hasta el día 14 no puede considerarse el embrión como persona humana, escribe:

«Los partidarios de esta teoría sostienen que, si son características del hombre la individualidad y la unicidad, el embrión que luego puede desdoblarse en dos individuos por partenogénesis no tiene todavía unicidad e individualidad definidas, luego no puede considerarse humano. A esto se puede oponer que el hecho de que un individuo se vaya a dividir más adelante en otros dos individuos, es decir: que se vaya a duplicar, no obsta para que antes de dividirse sea un único individuo»⁸.

Sobre la cuestión de la “individualidad” en el embrión, Vila-Coro cita el trabajo de J. Gallagher: *«Is the human embryo a Person?»*, del cual conviene meditar el siguiente párrafo:

«Algunas teorías niegan que el embrión en los primeros estadios sea persona humana, porque no está todavía individualizado. Este término no tiene sentido con referencia al estado presente del embrión. Toda cosa existente está individualizada, es un algo definido e individualizado (...). El término “todavía no individualizado” puede tener sentido en relación con futuras posibilidades, pero en este caso se podría denominar más satisfactoriamente ser multipotencial. Un embrión puede ser de dos modos multi-potencial: 1º) aunque ahora es un embrión, no puede estar determinado si será uno o más embriones, 2º) algunas células, en particular en los primeros estadios del embrión, son capaces de desarrollarse en una o distintas direcciones»⁹.

Cuando acontece la “anidación” del embrión en el útero materno, se comprueba si se trata de un embrión solo o si el embrión primero, fruto de la unión de la célula femenina (óvulo) y la masculina (espermatozoide), se desdobló en dos partes idénticas, que darán origen a dos seres humanos gemelos. De este hecho, algunos autores han deducido que es en la anidación cuando el cigoto logra su individualidad, no en el momento de la concepción. El Dr. Diego Gracia, catedrático de Medicina de la Universidad Complutense, Madrid, hace suyos “los

⁸ Cf. *El no nacido en el orden jurídico* (Tesis Doctoral, Universidad Complutense, 1990) págs. 24-25; “El comienzo de la vida humana” en *Revista General de Derecho*, 44(1988) 5795-5806.

⁹ Cf. o. c., pág. 26.

argumentos que aducen genetistas y biólogos para afirmar que la “unicidad” y la unidad (...) del cigoto no se logran más que con la anidación, es decir, en torno al día 14»¹⁰. Vila-Coro se enfrenta decididamente a esta orientación:

«Tampoco es cierto -escribe- que genetistas y biólogos afirmen que la “unicidad” y la unidad del cigoto se logren con la anidación, sino todo lo contrario. La “unicidad” y la “unidad” no se logran con la anidación. La anidación se produce cuando ha transcurrido ya el período apto para la escisión o fusión del embrión. Por eso, con la anidación se comprueba la existencia de uno o más embriones, sin que la anidación tenga nada que ver con el proceso de fusión o escisión del óvulo fecundado. También es falso que la anidación sea determinante de lo humano, como lo demuestra la fecundación in vitro»¹¹.

A la vista de la investigación actual, Vila-Coro se adhiere a la posición de Gallagher respecto al punto de comienzo de la vida humana en cuanto humana:

«... Si en un proceso no hay evidencia de que un nuevo organismo empiece a existir y si el organismo al final del proceso es una persona humana, a menos de resultar más originales que razonables debemos concluir que el organismo del principio del proceso debe haber sido una persona humana»¹².

Por esta simple confrontación de textos, se observa que las tesis sobre las cuales se asienta la defensa del aborto o la mengua de su gravedad en el período inicial del desarrollo de la vida están muy lejos de ser aceptadas unánimemente por la investigación actual. Más bien al contrario. ¿Qué actitud debemos tomar ante esta situación si deseamos proceder con rigor? Obviamente, no precipitarnos a extraer conclusiones *éticas* de ciertos datos *científicos*. Cuando está en juego el respeto a la vida del ser más desvalido del universo –el niño no nacido–, la menor sombra de duda acerca de la posibilidad de que un embrión o un feto tengan una condición humana debe llevarnos en principio a evitar toda ingerencia hostil.

No lo entiende así el autor del texto siguiente:

«La investigación moderna parece haber demostrado la posibilidad de que un cigoto forme mellizos; asimismo, la posibilidad de que dos cigotos se unan entre sí para dar lugar a un solo individuo completo. Esta posibilidad doble puede ocurrir en los catorce primeros días de desarrollo después de la fecundación. Hasta después de esa fecha, por tanto, no cabe hablar de una indiscutible individualidad humana del cigoto. La figura moral del aborto no se realizaría plenamente, pues, sino después de este momento. La destrucción de la vida antes de haber llegado a este estadio tendría una significación y tratamiento moral diferentes»¹³.

Comienza el texto con un verbo dubitativo («parece») y culmina con dos verbos en potencial («se realizaría», «tendría»). El autor no se expresa con seguridad, pero sugiere una idea muy arriesgada: si ser individuo y ser persona van unidos, y en los primeros catorce días de gestación “no cabe hablar de una indiscutible individualidad humana del cigoto, destruir la vida del feto en ese período de tiempo no puede considerarse como la anulación de una vida personal”.

Es cierto que una persona constituye un ser originario, distinto de los demás, capaz de desarrollarse a base de las virtualidades que alberga en sí. Esa capacidad y esa distinción son las

¹⁰ Cf. o. c., pág. 74.

¹¹ Cf. o. c., págs. 75-76.

¹² Cf. o. c., pág. 38.

¹³ Cf. Varios: *La manipulación del hombre* (Ed. San Esteban, Salamanca, 1982) págs. 117-118.

características propias de los seres *individuales*. Toda *persona* es, por tanto, *individuo*. Pero la noción de individuo y la de persona están muy lejos de haber sido clarificadas debidamente por la filosofía y, mucho menos, por la biología. Resulta demasiado temerario legitimar el aborto durante los primeros catorce días de gestación sobre la base de la suposición de que en ciertos casos parece no poder hablarse de *individualidad* en el cigoto hasta el momento de la anidación. El autor del artículo antedicho sabe que esta idea se halla bastante difundida entre la opinión pública y debiera haberla tratado con el rigor que exige.

El proceso de gestación presenta todavía muchos enigmas. Pero hoy consta de forma inapelable que se trata de un proceso de configuración de un ser humano, que asombra a los biólogos y médicos por su contundencia, su rapidez, su flexibilidad, su seguridad, su increíble riqueza de recursos. Muy ciegos debemos de estar para no ver que un proceso de este género dista años luz de ser un episodio incidental que uno pueda alterar a su arbitrio. Aunque alguien piense que posiblemente antes de la anidación no pueda hablarse de un ser humano «individual» —debido a la posibilidad de que un mismo óvulo fecundado dé lugar a diversos seres humanos: los gemelos univitelinos—, no sería riguroso si concluyese que hasta dicho momento el plasma germinal puede ser objeto de manipulación arbitraria. Es el futuro de un ser humano —o de varios— lo que está en juego. De ahí la necesidad de ir siempre sobre seguro. En caso de duda, siquiera mínima, sobre la condición personal del feto en una u otra fase de su gestación, lo que procede es ponerse de parte del ser indefenso. De nuevo se impone la antigua norma del derecho: *En caso de duda, debe favorecerse a la parte cuestionada*.

Hacer excepciones, bajo uno u otro pretexto, a la actitud de respeto incondicional a la vida humana supone un retroceso abismal en cuanto a la humanización de la sociedad. Pretextos o razones especiosas es fácil buscarlos, y ensanchar, así, la brecha que supone toda excepción. Si ésta se hace por el afán de obtener alguna ventaja partidista, puede reportar algún beneficio inmediato, pero éste se trueca bien pronto en una pérdida irreparable para todos.

Fomentar el aborto para enarbolar la bandera del progresismo constituye un escarnio, una burla al pueblo. Si un embarazo plantea en ciertas circunstancias determinados problemas, debe ponerse en juego la imaginación creativa para darles alcance y resolverlos. Tomar como solución única la más expeditiva y cruel no revela un grado elevado de creatividad, sino un patente primitivismo en la manera de plantear los problemas básicos de la vida. Orientar al pueblo por esta vía de torquedad entraña una imprudencia política sumamente grave, que no puede menos que delatar, sea cual fuere su posición moral y religiosa, todo el que conozca un tanto la historia. No es posible indicarlo con toda precisión, pero es indudable que la legalización del aborto y la aceptación social del mismo está influyendo notablemente en el declive moral de los pueblos.

No debemos precipitarnos a recurrir al aborto para solucionar los problemas causados por embarazos indeseados. Antes de tomar esta medida extrema, violentamente traumática, habrá que movilizar otras medidas. Con éstas se salva una vida (o más) y se evitan las conmociones psicológicas que sufre la mujer que aborta.

Es harto lamentable que ciertos centros de planificación familiar sólo ofrezcan la salida del aborto a las jóvenes que sufren embarazos no deseados. Muchas han confesado que acudieron a la clínica abortista con verdadera angustia, y se vieron allí metidas en una especie de rueda dentada que las llevó rápida y hoscamente al quirófano, iniciando con ello el proceso denominado “síndrome postaborto”, que las llenó de amargura en los años siguientes.

6. ESTRATEGIA MOVILIZADA PARA LA DEFENSA DEL ABORTO

«Los que defienden el aborto deberían demostrar irrefutablemente que el feto no es una persona. No tienen que demostrarlo quienes atacan el aborto, porque ellos respetan al feto, al que ven como un momento del proceso hacia la vida humana plena. Y eso les basta».

Robert Spaemann

Para obtener la debida precisión en el pensar y el valorar debemos hacer juego limpio y excluir el afán de manipular. El manipulador no intenta *convencer*, sino vencer; no da razones sólidas para persuadirnos de que sus afirmaciones son verdaderas; maneja astutamente los términos del lenguaje -sobre todo las palabras «talismán»- para hacer plausibles sus razonamientos falaces. En el nivel al que pertenece la vida del hombre (que es un «ser de encuentro») no tiene sentido querer dominar, porque en él las experiencias son respetuosas y dialógicas. Es éste, como sabemos, un principio básico de la Antropología filosófica.

Las personas y los grupos defensores del aborto no tienen reparo en dominar las mentes y sojuzgar las voluntades poniendo en juego una estrategia manipuladora.

6.1. Las fases de la estrategia.

El procedimiento seguido para hacer plausible ante el pueblo la legalización del aborto en ciertos supuestos presentó cuatro fases.

1. En la *Primera Fase* se planteó la cuestión de forma unilateral y melodramática. Se redujo la cuestión del aborto al problema de las jóvenes que sufren un embarazo no deseado. Para impresionar la fibra sentimental de las gentes, se propalaron cifras escalofrantes de abortos clandestinos realizados en condiciones higiénicas deplorables. Pese a la contradicción palmaria que supone fijar *exactamente* la cifra de actos *clandestinos*, esta táctica de «*la gran mentira*» (así la denomina el Dr. Bernard Nathanson) tuvo un éxito clamoroso en diversos países, y los responsables celebraron jubilosos la ingenuidad del pueblo. Seguidamente, se enardeció el afán revanchista de las capas populares menos favorecidas económicamente mediante el recurso demagógico de subrayar el drama de las jóvenes incapaces de costear una operación abortista en el extranjero. Este tipo de planteamiento exigía a gritos unas medidas que situasen a todas las mujeres del país en nivel de igualdad respecto a la posibilidad de acudir al aborto para resolver los problemas derivados de embarazos no deseados.
2. La *Segunda Fase* fue destinada a fundamentar la posición abortista sobre bases artificiosas. Para ello se declaró que “la mujer tiene un cuerpo y debe gozar de libertad para disponer de ese cuerpo y de cuanto en él acontezca”. Esta afirmación fue desautorizada desde hace casi un siglo por la investigación filosófica y antropológica más lúcida. Ello no fue obstáculo para que altos dignatarios la hayan movilizado en la tribuna de la televisión y prensa con objeto de otorgar a su tesis abortista ciertos visos de fundamentación intelectual. Algún profesional de la filosofía alzó la voz para delatar la falsedad de tal planteamiento, pero fue puesto fuera de juego mediante la mezcla astuta del recurso de la mofa con el complot del silencio. Esa reducción del cuerpo humano a objeto poseíble significa un envilecimiento del

ser femenino muy peligroso, porque abre la puerta a toda serie de abusos manipuladores de la figura de la mujer.

De espaldas a todo ello, las feministas se han unido a la corriente proabortista al amparo de un concepto de libertad difuso y prepotente. Era curioso observar, en ciertos debates, con qué hostilidad reaccionaban frente a quienes esgrimían sólidas razones en contra del aborto. Daba la impresión de que se sentían amparadas por el desmadre de la opinión pública que se produce cuando los manipuladores manejan hábilmente los términos *talismán*¹⁴.

3. Una vez expuesta y fundamentada su tesis abortista de esta forma banal y astuta, el manipulador procuró revestirla con expresiones amables que pudieran velar la violencia que encierra. Fue la tarea de la *Fase Tercera*. Para mitigar el impacto que suele producir el cruento acto del aborto, el manipulador utiliza arteralmente el lenguaje. Así, a semejante atropello lo denomina dulcemente “interrupción voluntaria del embarazo”. Interrupción es un término de la vida cotidiana que carece de sentido peyorativo. Parece completamente neutro en cuanto a valores. Al pronunciarlo, no se alude ni levemente a la anulación definitiva de un proceso vital que en breve hubiera dado lugar a uno o más seres humanos. Se usa un verbo que sugiere una acción accidental y pasajera: *interrumpir*. Pero se va más allá en la tarea de edulcorar el trauma del aborto. La pequeña parte negativa que pueda implicar el verbo *interrumpir* queda neutralizada al añadir el adjetivo “voluntaria”, que implica *libertad*. Al emparejarse con este término talismán, el vocablo “interrupción” queda a salvo de cualquier reproche de tipo moral, ya que, para la mayoría, la ética toma como canon de autenticidad el valor incuestionable de los términos talismán de cada momento.

He aquí cómo, de manera sinuosa, la mera utilización de dos términos -«voluntaria» e «interrupción»- pone un guante de seda a un hecho trágico: la anulación violenta de un ser de nuestra especie. Pero la realidad se impone: *el aborto no es un hecho pasajero, sino definitivo; no es voluntario por parte de la víctima, sino impuesto*.

6.2. El lenguaje manipulado altera el sentido de los actos humanos.

Este trastrueque del lenguaje tiene un poder insospechado para trasmutar el sentido profundo de los actos humanos. Sólo así se comprende que ciertos países en los cuales se considera incivil a quien arroja un papel al suelo o asusta a una ardilla dediquen hospitales espléndidos a anular procesos de gestación desbordantes de virtualidades asombrosas, y no se sientan rebajados ni un ápice en su alta cota de civismo. ¿Cómo es posible tal incongruencia? Sencillamente, movilizándolo tácticas que empobrecen al hombre y lo rebajan de rango. Toda sociedad que se orienta hacia el ideal del dominio tiende a restar importancia a los seres indefensos y desvalidos. Si uno de ellos plantea algún problema, es reducido fácilmente a “mero obstáculo en el camino”, obstáculo que la persona afectada puede legítimamente desplazar. En este nivel infrapersonal cabe considerar el aborto como una mera interrupción de un proceso.

Por si estos trastrueques ilusionistas de valores no resultan convincentes, suele reducirse la expresión “interrupción voluntaria del embarazo” a las siglas I.V.E., para darle un frío carácter técnico. Según confesión del Dr. Nathanson, testigo bien cualificado a este respecto, los

¹⁴ Entiendo por “términos talismán” ciertos vocablos que en un determinado momento de la historia cobran un prestigio tal que apenas hay quien los ponga en tela de juicio. El término “orden” en el siglo XVII; “razón”, en el XVIII; “libertad”, en los siglos XIX, XX y XXI obtuvieron la condición de “talismán”. Actualmente, presentan condición de “talismán por adherencia” algunos términos afines al vocablo *libertad*; por ejemplo: democracia, independencia, cambio, coestión... El papel que juegan los términos talismán en la práctica de la manipulación lo explico en los libros *La revolución oculta* (o. c.) y *La tolerancia y la manipulación*, Rialp, Madrid 2008, 2ª ed., págs. 145ss.

médicos abortistas norteamericanos, cuando extraen las diversas partes del feto, rehúyen llamar *cabeza* a la parte más noble. Aluden a ella con la expresión “number one” (número uno). Esta serie de reduccionismos deja franca la vía para realizar un acto violentísimo sin sentirse envilecidos.

Ocho mil jóvenes congresistas, al contemplar las primeras escenas de un aborto real, reproducido en vídeo, prorrumpieron en un «*Oooh*» estremecido que llenó de estupor la inmensa sala. Su comentario, al final, era unánime: «*Nunca creímos que el aborto fuera eso*». Pues «eso» es denominado limpiamente “interrupción voluntaria del embarazo”, y es realizado en hospitales ultramodernos en nombre del progreso. Tan chirriante contradicción sólo es posible entre gentes civilizadas que ven amenguada su cultura debido a la distorsión mental y lingüística que operan las tácticas manipuladoras.

Es temible la falta de precisión intelectual a que se llega cuando no se sabe pensar con rigor y se sufre el influjo de los *profesionales de la confusión* que son los demagogos. En un diario de amplia difusión, alguien ha llegado a proclamar que el feto no constituye un ser personal pues la persona se define por la capacidad de asumir responsabilidades, abrirse al entorno y crear vínculos... Confunde, sin la menor vacilación, lo que Xavier Zubiri entendía por “personeidad” y “personalidad”. La *personeidad* se recibe en el momento de la concepción. La *personalidad* se adquiere a lo largo de la vida.

¿Cómo es posible que personas dedicadas al cultivo de la vida intelectual cometan estos errores y no se detengan ante el abismo que supone la aceptación del aborto? Digo *abismo* porque incluso quienes lo defienden como una salida de urgencia a ciertos problemas deben reconocer, en virtud de un sano juicio, que se trata de una medida extremadamente traumática. Tales errores son posibles debido a la confusión que produce sobre las mentes el planteamiento parcial y sentimentaloides de este asunto. Se nos dice que debemos otorgar *libertad* a las mujeres respecto a los hijos no deseados y que tal concesión supone una actitud *progresista*. Por su condición de *talismán*, los términos *progreso* y *libertad* se avalanzan hacia el primer plano de la atención y ensombrecen las consideraciones que puedan y deban hacerse sobre el verdadero significado del aborto. Una palabra talismán produce un encandilamiento tal que rodea de un halo de prestigio un suceso que de por sí no causa sino horror. Es el trueque de la manipulación¹⁵.

Otro recurso táctico para revestir de cierta dignidad el acto abortista es situar toda medida contraria a la creación de nueva vida bajo la capa protectora de algo tan difuso como es la llamada “planificación familiar”. Existen, a veces, dificultades reales que hacen recomendable espaciar los nacimientos o, incluso, evitarlos. Pero no es menos cierto que el clima actual de hedonismo y ambición convierte, a menudo, en dificultad insalvable lo que en otros tiempos se consideraba como una simple invitación al sacrificio, la entrega y la dedicación.

4. Esta presentación unilateral, sentimentaloides, belicosa y edulcorada del problema abortista parece exigir una propuesta drástica de medidas y soluciones. Éstas son proclamadas como algo ineludible en la *Cuarta Fase*, que se centra en esta afirmación: el espíritu de justicia exige situar a todas las mujeres en nivel de igualdad, y para ello es necesario poner a su alcance, en su país, los medios legales adecuados para interrumpir los embarazos no deseados o problemáticos.

Mediante este razonamiento precipitado e impreciso se intentó justificar en diversos países la introducción de una ley despenalizadora del aborto, al menos en tres casos. (Bien sabido que el mismo método de ilusionismo mental permitirá al demagogo más tarde

¹⁵ Cf. *La revolución oculta. Manipulación del lenguaje y subversión de los valores*, o. c. págs. 55-57, 145-151.

ampliar a voluntad dichos casos). Esta ley se promulgó en atención a los derechos de la madre. No se mentaron apenas los derechos del hijo, principal protagonista, ni los del padre. Toda la compleja diversidad de problemas que implica el aborto quedó reducida a una cuestión jurídica: *la mujer debe tener libertad para abortar, al menos en tres circunstancias*.

La introducción de la palabra *libertad* permitió a los demagogos amparar la tesis abortista con el prestigio de diversos términos talismán. Conceder esta libertad es hoy día lo *moderno*, lo *actual*, lo *progresista*, lo *avanzado*, porque se trata de una *conquista social* lograda tras una *ardua lucha*. En un debate televisivo sobre el aborto, una feminista, abogada, defensora a ultranza de la ley abortista, basó su argumentación en la fuerza fascinadora de tales palabras. Resultó cómico a quienes estaban al corriente de las tácticas manipuladoras, pero su efecto resultó corrosivo para multitud de personas ajenas a este tipo de conocimientos.

6.3. La táctica de la precipitación.

Fieles a su táctica de precipitar las cosas, los demagogos no se ocupan de buscar soluciones alternativas al aborto que no lesionen derecho alguno, sino que incluso puedan llevar la felicidad a muchos hogares, como es el procedimiento de la *adopción*. No reparan tampoco en la posibilidad de conseguir que las jóvenes afectadas por un embarazo no deseado afronten la situación y den madurez a su personalidad.

Para llevar adelante sus planes sin producir conmociones sociales, se apoyaron en una tendencia del pueblo: la de solucionar los problemas con remedios tajantes, rápidos y fácilmente manejables. Tales condiciones se dan en las técnicas del aborto. Claro está que, en la realización del aborto, surgen más dificultades de las previstas, pero en principio el aborto se presenta como un recurso que se tiene a mano en cualquier momento para *solucionar drásticamente* una situación embarazosa.

Todo el que analice sin prejuicios ni intereses partidistas la cuestión del aborto ve lúcidamente, sin el menor esfuerzo, que la práctica abortista debería ser aceptada por sus partidarios como *último recurso*, tras discutir largamente otras posibilidades. Este largo estudio no se ha realizado. Los partidarios de la ley despenalizadora del aborto se lanzaron desde el principio a una sola tarea: montar una táctica de desinformación que permita “desdramatizar” este asunto, evitar el envilecimiento que supone participar en un acto de violencia y dar una justificación racional a dicha actividad.

Estos tres cometidos los han cumplido a través de las cuatro fases antedichas. En efecto, las gentes afectadas por la presentación sentimental del problema (fase 1ª), y serenadas al oír que el cuerpo humano es un objeto susceptible de dominio, posesión y libre disposición (fase 2ª) y que el aborto se reduce a la mera interrupción de un proceso que debe ser regido por las leyes de la planificación familiar (fase 3ª), están dispuestas a demoler sus barreras intelectuales y morales, retirar sus escrúpulos de conciencia y aceptar como un mal menor la solución del aborto (fase 4ª).

Si uno tiene cierta agilidad mental propia de la “mirada profunda”¹⁶ descubre rápidamente que el planteamiento sentimental-melodramático del tema del aborto fue puramente táctico, y que el verdadero propósito de la ley abortista no consiste tanto en resolver problemas humanos perentorios cuanto en *lograr a medio plazo una transformación radical de la actitud ética de las gentes*. Esta interpretación se vio plenamente confirmada, tras la promulgación de la

¹⁶ López Quintás, A., *La ética o es transfiguración o no es nada*, BAC, Madrid 2014, págs. 41-75.

ley abortista, por la negativa de los partidarios de la misma a prestar ayuda a las jóvenes que sufren las consecuencias de un embarazo inoportuno y no aceptan el recurso extremo del aborto.

7. RECURSOS TÁCTICOS INACEPTABLES

«La vida del concebido y no nacido constituye un bien jurídico protegido por la Constitución, que conlleva para el Estado dos obligaciones: la de abstenerse de interrumpir y obstaculizar el proceso natural de gestación, y la de establecer un sistema legal para la defensa de la vida que suponga una protección efectiva de la misma».

(Preámbulo del «Anteproyecto de la Ley Orgánica para la protección de la Vida del Concebido y de los Derechos de la Mujer Embarazada», dic. 2013).

El aborto es una práctica que afecta a cuestiones muy profundas de la existencia humana, tanto en el aspecto biológico como en el espiritual. Profundos han de ser también su análisis y su valoración.

Para estudiar con hondura un tema tan complejo sólo hay una vía eficaz: dejar de lado las imposiciones procedentes de ideologías rígidas, de intereses partidistas, del apego a opiniones individuales predeterminadas por motivos sentimentales, y *atenerse a los dictados de la realidad*, que es la fuente primaria de toda norma y todo criterio de vida. Tratar esta cuestión en el clima agitado de oleadas propagandísticas puede servir para pescar en río revuelto, pero no para servir a la verdad y –consiguientemente– a la sociedad humana.

El estudio de lo real lo llevan a cabo diversas disciplinas. En el caso que nos ocupa destaca el papel de la ciencia biológica y de la metodología y antropología filosóficas.

- La Biología se halla hoy en condiciones de esclarecer varios puntos clave referentes al origen de la vida humana y al carácter continuo de su proceso evolutivo. Esta clarificación permite a la Ética evitar ciertas indecisiones seculares y formular un juicio sólido acerca del aborto realizado en las primeras semanas de la gestación. Los resultados de la investigación científica deben ser tenidos estrictamente en cuenta a la hora de proponer soluciones a los problemas básicos de la existencia. La realidad acaba vengando todo intento de reducirla violentamente a mero objeto de manipulación.
- Por su parte, la Antropología filosófica actual ha clarificado diversos puntos decisivos en el tratamiento del aborto:
 - El hombre se desarrolla y perfecciona *por vía de encuentro*, dialogando con la realidad en forma respetuosa, sin intentar imponer unilateralmente su propia voluntad. Este diálogo o ajuste a lo real presenta una gran complejidad. Su estudio exige un estilo de pensar maduro, una metodología filosófica que haga justicia a la riqueza de cada fenómeno, descubra la verdadera jerarquía de los valores y no tolere el uso estratégico del lenguaje que todo lo embrolla con fines demagógicos.
 - Según vimos, es necesario distinguir en el ser humano la *personeidad* y la *personalidad*. Para configurar su personalidad, el ser humano necesita la cooperación de las demás personas. No así para estar dotado de *personeidad*, es decir, de condición personal.
 - Debe haber una vinculación fecunda entre la vida ética y la legislación civil cuando se trata de cuestiones básicas que afectan a la estructura de la vida comunitaria.
 - Se da una relación de contraste –no de contradicción– entre la libertad y la atencencia a normas fecundas que vienen sugeridas por la estructura misma de lo real. Ciertas “liberalizaciones” fomentan la “libertad de maniobra” (nivel 1), pero no la verdadera libertad humana, que es la libertad para la creatividad (nivel 2). El

aborto es un fenómeno típico de civilizaciones poco *cultas*. Toda persona verdaderamente culta tiene sumo respeto a las realidades en las que participa de modo activo-receptivo. El poder creativo propio de la cultura (*nivel 2*) suele amenguarse al cobrar primacía el poder manipulador (*nivel 1*). El planteamiento *individualista* de la libertad humana es anticuado, y resulta hoy demasiado tosco para abordar los problemas más profundos del ser humano. Por ser, en la actualidad, un término “talisman”, el vocablo “libertad” –utilizado de modo borroso, sin matización alguna– se presta a toda suerte de abusos demagógicos.

- La Metodología filosófica delata como improcedentes y perjudiciales estos modos de proceder:
 - Precipitarse a tomar —de modo sentimental— cualquier inconveniente de la maternidad como razón suficiente para legitimar el aborto, sin considerar posibles alternativas mucho más humanitarias, pues no sólo no presentan inconvenientes sino ofrecen incluso ventajas, como sucede en el caso de la adopción.
 - Confundir la *realidad* con ciertas lamentables *situaciones de hecho*. La verdadera realidad, el dato real que debemos tener en cuenta no es tanto la aceptación social del aborto, cuanto el derecho de la vida humana a ser respetada y fomentada.
 - Movilizar el recurso estratégico de la *valoración por contraste* para defender la tesis abortista mediante la simple descalificación de sus adversarios. Recuérdese el exabrupto lanzado un día en cierta emisora televisiva: «Los contrarios al aborto son los partidarios de la pena de muerte» (!). Se quiere, así, ridiculizar al adversario para ahorrarse la molestia de dar razones válidas.
 - Impresionar a las gentes –poco avezadas de ordinario a las cuestiones metodológicas– con tópicos y lemas seleccionados conforme a las tácticas de la *estrategia del lenguaje*. No se olvide que «la corrupción de la política empieza por la corrupción del lenguaje» (G. Orwell). Se afirma a menudo con aire prepotente que «la mujer es dueña de su cuerpo y puede disponer a su arbitrio de cuanto en éste acontece». No se advierte, al proclamar este lema, que, en vez de exaltar a la mujer, se la envilece en no escasa medida, por cuanto se reduce a mero *objeto* de posesión una vertiente de su ser *personal*. Uno sólo es dueño de aquello que posee. Pero el hombre no *posee* un cuerpo; *es* un ser corpóreo. Reducir a objeto una realidad personal es la meta del *sadismo*. El sadismo reduccionista opera en contra de las exigencias de la realidad, y se constituye por lo mismo en fuente de toda violencia. He ahí por qué la frivolidad intelectual –como actitud violentamente arbitraria, falta de auténtico realismo– causa estragos irreparables en la vida de la sociedad cuando se la lleva irresponsablemente más allá de ciertos límites.

A la luz de los hallazgos actuales de la ciencia y las investigaciones de la Metodología y Antropología filosóficas, se advierte que buen número de escritos proabortistas carecen del rigor debido y no ofrecen argumentos sólidos. Si quiere ser tomado en serio, todo abortista debe empezar analizando a fondo la cuestión de la existencia de vida humana auténtica en el ser vivo que es objeto de destrucción. En caso de duda, toda práctica manipuladora queda descalificada.

La campaña proabortista es impulsada en nombre del «progreso», pero se enfrenta con la ciencia más avanzada. La antropología actual nos advierte con toda energía que la descapitalización ética y la bancarrota moral de la sociedad deja a las personas a merced de los afanosos de poder, pues una sociedad decadente es fácilmente dominable. El amor a la libertad debiera inspirarnos un respeto incondicional a los valores. Y un valor primario es la vida humana.

8. CARÁCTER MANIPULADOR DE CIERTOS PLANTEAMIENTOS PROABORTISTAS

*«Aunque el lenguaje convenientemente manipulado
haya calado en el subconsciente colectivo,
y los mensaje subliminales se hayan apoderado de nuestro pensamiento,
el aborto no es una “interrupción del embarazo”,
ni puede ser ético, ni terapéutico, ni eugenésico»*

Dra. María Dolores Vila-Coro,
Directora de la Cátedra de Bioética de la UNESCO

Vistas las cosas con serenidad y rigor, se advierte que los razonamientos proabortistas presentan demasiados fallos de tipo metodológico y filosófico para que puedan ser aceptados. Estos fallos proceden de una raíz común: la voluntad de defender la despenalización del aborto *de modo indirecto*, sin abordar de frente el núcleo de la cuestión. Para ello se movilizan diversos recursos estratégicos que ofrece el lenguaje cuando se lo utiliza como medio para vencer a ultranza.

8.1. Planteamientos unilaterales.

Por un lado, se presenta la despenalización del aborto como una medida que no afecta a la actitud básica del respeto a la vida, sino que viene a resolver algunos problemas graves planteados a ciertas personas por la concepción indeseada de un nuevo ser. Se confiere, así, a la medida proyectada un carácter positivo que la hace a primera vista plausible por su condición «humanitaria».

Esta *unilateralidad* de planteamiento produce un *deslizamiento de sentido* de gran eficacia estratégica, porque desplaza la atención del hecho innegable de que se anula un proceso de gestación de un ser humano para fijarla en la voluntad de tornar más llevadera la existencia de las personas adultas. Tal propósito suele conmover fácilmente a personas que tienen buenos sentimientos, pero poca preparación intelectual. Con esta torsión de la mirada se consigue que el tema del aborto sea analizado unilateralmente desde la perspectiva de las ganancias inmediatas, dejando de lado otros aspectos más nucleares.

Tras esta delimitación estratégica del problema, es fácil dar otro giro a la atención y alterar la perspectiva en que debe ser considerado el asunto. En vez de sopesar –como sería lógico– las exigencias que plantea al hombre un proceso llamado a generar nuevas vidas humanas, se concede preferencia a la opinión de *la mayoría*. Si se empieza otorgando primacía al deseo de resolver ciertos problemas de los adultos, la actitud y la opinión de éstos cobra preeminencia sobre cualquier consideración de fondo que pueda y deba hacerse sobre la realidad de los seres no nacidos y la actitud que se ha de adoptar respecto a ellos. Dentro de esta óptica, las encuestas cobran un valor aparentemente decisivo. Para acrecentarlo y convertirlo en criterio orientador de las medidas legislativas sólo hace falta entender la ley –con unilateralidad positivista– como la regulación de *«lo que está en la calle»*.

Esta supervaloración de la opinión de la mayoría aparece como algo innegable e intocable con sólo ponerla en relación con dos términos «talismán» de la actualidad: *libertad* y *democracia*. Los conceptos «talismán» aparecen aureolados de un prestigio tal que, incluso cuando son utilizados de forma tosca, unilateral, no matizada, apenas osa nadie someterlos a revisión. Se da por supuesto que los deseos de las gentes deben ser cumplidos para que éstas sean verdaderamente libres, y se identifica democracia con el imperio de la libertad de los

individuos. Al no matizar el concepto de libertad, suele confundirse ésta de modo expeditivo con la mera «libertad de maniobra», libertad para actuar conforme a los propios deseos, sin traba alguna.

Esta glorificación de la libertad, entendida unilateralmente como liberación de todo cauce normativo, confiere su aparente fuerza y su contundencia polémica a la reivindicación hecha por algunas mujeres de poder hacer lo que quieran con su cuerpo y cuanto en él acontezca. Planteada la cuestión artificiosamente en el plano *objetivista*, como si el cuerpo fuera un *objeto* del que cabe disponer, tal reclamación parece ir ligada con el derecho humano a la libertad y oponerse frontalmente a toda ley represiva.

He aquí la razón estratégica que lleva a los proabortistas a afirmar como algo obvio que la ley penalizadora del aborto es «represiva», contraria a la libertad. Al ser «libertad» un concepto «talismán», estamos ante el poderoso recurso estratégico de la «valoración por contraste». Todo cuanto se opone o parece oponerse a una realidad o fenómeno «talismán» queda automáticamente desprestigiado.

8.2. Modos de defensa mediante la «valoración por contraste».

Se destacan ciertos problemas graves, relacionados –como el del aborto– con el respeto a la vida, y se deja entrever que los adversarios de la ley abortista no se preocupan de aportar soluciones a los mismos. Con esta acusación –que no debe de necesitar prueba alguna a juzgar por la contundencia con que suele hacerse–, se califica implícitamente de hipócritas a los adversarios del aborto, amenguando de esta forma su credibilidad en esta polémica.

Tal ataque a la credibilidad de los antiabortistas se endurece y gana en eficacia si se identifica veladamente a éstos con los creyentes, o, todavía más, con los eclesiásticos, porque de esta forma se abren otras vías complementarias para poner en entredicho el fundamento de su actitud. Se hace posible, por ejemplo, movilizar una vez más el manido episodio de Galileo y sentenciar que la Iglesia –en bloque– nunca tuvo una voluntad promotora de la ciencia¹⁷, ejerció más bien un influjo perturbador y no presenta ahora título alguno que la autorice a recoger las investigaciones últimas de los biólogos para superar ciertas indecisiones seculares acerca del origen de la vida humana y formular un juicio sólido sobre el aborto realizado en los primeros tiempos de la concepción.

Poco importa que estas argucias manipuladoras no puedan resistir un mínimo análisis crítico, pues la contundencia en los ataques suele impresionar a las gentes poco expertas en cuestiones de manipulación. Para contrarrestar, en alguna medida, la meridiana claridad con que la ciencia actual defiende que desde el primer instante de la concepción surge un nuevo ser –distinto de la madre– que de modo autorregulado alcanzará en su día un desarrollo cabal como persona humana, se destaca que no está nada clara la posición de los antiabortistas respecto a la *determinación del momento en que comienza el ser vivo de condición humana a poder ser considerado como una persona*. Al resaltar esta falta de claridad por parte de quienes impugnan

¹⁷ Sobre el papel decisivo ejercido sobre la ciencia moderna por la fe cristiana en un Dios Creador, que creó –como Inteligencia Suprema– el mundo de forma ordenada, conforme a leyes, hace Albert Einstein las siguientes afirmaciones: «Aunque es cierto que los resultados científicos son enteramente independientes de cualquier tipo de consideraciones morales o religiosas, también es cierto que justamente aquellos hombres a quienes la ciencia debe sus logros más significativos fueron individuos impregnados de la convicción auténticamente religiosa de que este universo es algo perfecto y susceptible de ser conocido por medio del esfuerzo humano de comprensión racional. De no haber estado dotada esta convicción de una fuerte carga emocional, y de no haber estado los científicos inspirados en su búsqueda por el *amor dei intellectualis* de Spinoza, difícilmente habrían podido dedicarse a su tarea con esa infatigable devoción, única que permite al hombre llegar a las más encumbradas metas» (Cf. W. Heisenberg y otros: *Cuestiones cuánticas* (Kairós, Barcelona 1987, 3ª ed.) pág. 170.

el aborto, quieren sugerir –por vía de rebote– que los partidarios del mismo disponen de libertad de maniobra para llevarlo a cabo. Esta argumentación está tipificada entre las que usan profusamente los manipuladores para justificar ciertas prácticas ilícitas, absolutamente injustificables¹⁸. Lo cierto es que, actualmente, quienes se oponen a las prácticas abortistas no tienen la menor duda de que –según la ciencia actual– la vida de cada ser *humano* se origina con la concepción. Por el hecho de pertenecer a la especie *humana*, el feto dispone de *personidad* –o condición personal– al formarse el patrimonio genético que distingue a cada individuo de la madre, aunque necesite de ésta durante un tiempo para desarrollar esa condición y actuar como persona.

Con objeto de incrementar el efecto de tal valoración por contraste, se da a entender que, para ser humano, un feto debe tener «personalidad». Y, como «tener personalidad» es entendido a menudo superficialmente como sinónimo de gozar de una determinada «consideración social» y desempeñar cierto papel en la existencia, se saca a veces la conclusión de que el ser humano sólo llega a ser persona por «convención». Mediante esta interpretación reduccionista de la condición personal del ser humano, las prácticas abortistas parecen obtener un fundamento intelectual: filosófico y antropológico.

8.3. Defensa en virtud de la autonomía de la actividad política.

La descalificación de los antiabortistas parece llegar a su meta si se moviliza el recurso doble de confinar sus opiniones al ámbito de lo ético y escindir éste del ámbito de lo político. Se declara profesar un gran respeto a las convicciones «éticas» de los adversarios ideológicos, pero se conmina a éstos a no defenderlas en público, bajo riesgo de ser tachados de seres intolerantes que intentan imponer antidemocráticamente sus opiniones privadas a los demás, injerirse ilegítimamente en la esfera política y coaccionar a los legisladores.

Estos recursos estratégicos y otros análogos se hallan en la base de los razonamientos proabortistas. Basta una mínima preparación metodológica para advertir que se trata de un uso indebido del lenguaje. Tergiversar de esta forma el lenguaje nos aleja años luz de la realidad y de la cultura.

Ante la situación actual de tergiversación del lenguaje y depreciación de los valores, se impone tomar varias medidas urgentes:

- Poner alerta a las gentes para que conozcan el riesgo constante de manipulación a que están sometidas.
- Analizar cuidadosamente el uso estratégico del lenguaje que se viene haciendo.
- Fomentar la verdadera formación de personas y pueblos, en la seguridad de que éstos son manipulables en medida directamente proporcional a su falta de cultura y creatividad.
- Oponer al fomento manipulador de las experiencias de vértigo el incremento de toda suerte de experiencias de éxtasis.

Es éste un amplio y sugestivo programa de acción que puede llevar, si se lo realiza bien, a la instauración de una nueva forma de Humanismo, un Humanismo basado en la defensa de la verdad. Todo cuanto favorezca la instauración de este género eminente de Humanismo, aunque limite ciertas libertades que favorecen las experiencias de vértigo, no constituye una forma de represión sino de auténtica liberación, la *liberación para la vida creativa*.

¹⁸ López Quintás, A., *La revolución oculta. Manipulación del lenguaje y subversión de los valores*, o. c., págs. 230-241.

9. LAS DOS FORMAS DE LIBERTAD Y EL DERECHO A DECIDIR

*A la expresión «derecho a decidir» le falta el complemento,
y de él depende si existe o no tal derecho.
Derecho va unido a libertad,
y de libertad hay dos clases:
«libertad de trabas» y «libertad para crear algo valioso».*

De esta distinción depende si podemos exigirla o no.

Cuando se solicita o exige «libertad para decidir» -o «derecho a decidir»-, parece que se pide mucho, incluso demasiado. Pero, a menudo, se exige algo tan pobre que conviene denegarlo, no por aversión a quienes lo piden, sino justamente por lo contrario: por amor a lo que esas personas -y grupos- deben llegar a ser.

9.1. La libertad de maniobra.

Una Antropología filosófica, si es un tanto lúcida, distingue varios tipos de libertad¹⁹. La más elemental es la que supone capacidad para actuar sin más vinculaciones que el propio pensar, sentir y querer. Así, los niños y los adolescentes suelen considerarse libres cuando pueden hacer lo que quieren en cada momento, conforme a sus sentimientos y deseos inmediatos. Se hallan en lo que suelo llamar *nivel 1*.

9.2. La libertad creativa.

En cuanto subimos al plano de la creatividad -por tanto, del encuentro en todas sus formas: éticas y estéticas-, surge una nueva forma de libertad, la *libertad creativa*, propia del *nivel 2*. Si decido tocar una obra musical al piano, lo que me interesa no es hacer lo que quiera con ella, sino tocarla bien. Para ello necesito poseer la destreza necesaria. Esa destreza me da *libertad para interpretarla debidamente*. ¿Han visto alguna vez la soltura, la elegancia y la seguridad con que Daniel Barenboim toca los conciertos para piano y orquesta de Mozart? Pues esas son las cualidades de la *libertad creativa* o *libertad interior*.

Para conseguirla, este pianista debió actuar desde niño conforme a los dictados del arte de la interpretación y al espíritu de cada partitura... Su capacidad musical de niño prodigio era portentosa, pero intuía claramente que el gran artista no *crea* los valores estéticos, ni es dueño de los mismos; está bien dispuesto a asumirlos y realizarlos. Esta voluntad de colaboración supone cierta dosis de humildad, que la sabia Teresa de Ávila definía como «andar en verdad». La verdad es la manifestación luminosa de lo que uno es y debe llegar a ser. El que quiera llegar a ser un *verdadero* intérprete de Mozart ha de aceptar gustosamente la necesidad de asumir las condiciones del clasicismo vienés. Esa aceptación es tarea propia de la *libertad creativa*, libertad que crea un campo de luz y de belleza.

9.3. Una mengua que es ganancia.

En la vida ética sucede algo afín. No basta poner en juego la *libertad de maniobra*, libertad de hacer lo que uno quiere, decidiendo en virtud de los propios deseos e impulsos. El

¹⁹ López Quintás, A, *El logro de la plenitud personal*, TeenStar, Santiago de Chile 2012, págs. 47-56.

secreto de la vida ética valiosa radica en descubrir que, desde el nacimiento, las personas y los grupos nos vemos dotados de relaciones y vínculos, que nos ofrecen todo tipo de posibilidades para crecer y desarrollarnos. Este desarrollo plantea ciertas exigencias. Al cumplirlas, amenguamos nuestra *libertad de maniobra*, pero acrecentamos la *libertad creativa*. ¿Es esto una limitación? En cierto aspecto sí -pues, al estar vinculados a alguien, debemos atender a su bien, no sólo al nuestro-, pero, considerando que -según la filosofía dialógica- nuestro ser de personas es esencialmente abierto -donante de unas posibilidades y receptor de otras-, esa limitación es garantía de expansión, desarrollo pleno y, por tanto, felicidad.

No olvidemos que la *libertad de maniobra* atiende sólo al bien propio, a las ganancias inmediatas. La *libertad creativa* tiene en cuenta que el hombre es un ser de encuentro, sólo puede realizarse como persona y perfeccionarse como tal cumpliendo las condiciones del encuentro, que están encabezadas por la generosidad, a la que siguen la cordialidad, la fidelidad, la participación común en tareas nobles... Ninguna de estas condiciones se da en quien recurre al aborto para eludir el responsabilizarse con la vida naciente. Recurrir a esta práctica expeditiva implica renunciar a vivir como ser de encuentro, es decir, como ser personal. Nada ilógico que el síndrome postaborto llene la vida de amargura, porque es la secuela necesaria de un acto contrario a la vida personal, que es la *vida en diálogo*.

Queda claro que, si alguien entiende la «libertad para decidir» como la capacidad de ir en contra del propio ser y las tendencias más profundas del mismo, la medida más beneficiosa para él es no concedérsela, pues se trata de una petición inspirada por una inteligencia poco madura, que -al modo infantil- no ve a lo lejos, a lo ancho y a lo profundo, y no capta el sentido de la propia vida. Busca tan solo unas seductoras ganancias inmediatas -debido a la miopía intelectual-, un provecho particular, desconectado del bien común -debido a la unilateralidad en el pensar y proyectar-, una meta que puede tener un *significado* para salir de un apuro, pero carece de *sentido*, pues éste brota siempre en un contexto, que no capta debidamente quien carece de una mirada profunda. Si esto es así, conceder *libertad de maniobra* para decidir sobre el futuro de algo tan sagrado como es una vida humana a quien carece de *libertad creativa* es acercarlo a un acantilado, aun a riesgo de que se despeñe por él.

La *libertad para decidir* es fundamental en nuestra existencia. Pero, cuando se trata de cuestiones muy complejas -pues afectan a las tramas de relaciones y vínculos que el hombre y la sociedad deben crear en su proceso de desarrollo-, la decisión ha de ser -por ley de vida- respetuosa y colaboradora. Si no conocemos esta ley decisiva, por carecer de una antropología filosófica bien articulada, podemos reclamar derechos que no sean para nosotros garantía de crecimiento y felicidad, sino de destrucción y amargura.

Meditémoslo bien. La tendencia a liberarnos de toda responsabilidad esforzada nos empobrece como personas. En cambio, la decisión de comprometernos con personas y actividades que nos ofrecen posibilidades creativas nos lleva a plenitud. El tipo de libertad que se opone a las normas que encauzan nuestra creatividad nos deja vacíos. La libertad que acepta cuanto es valioso nos abre horizontes inmensos.

Un análisis bastante completo de los distintos modos de libertad que podemos ejercitar a lo largo de nuestro proceso de desarrollo personal puede verse en el capítulo cuarto de mi obra *El logro de la plenitud personal. Un nuevo método formativo*.

10. LA FRIVOLIDAD EN LA DEFENSA DEL ABORTO

*La madre que da un hijo en adopción
sigue siendo madre y hace madre a otra mujer.
Fomentar la adopción
es aumentar la felicidad en el mundo.*

*Los abortos producidos en España durante quince días
servirían para cubrir nuestra demanda anual
de adopciones internacionales.*

Pueblo «culto» es el que *cultiva* su capacidad creativa en todos los órdenes. Pueblo «civilizado» es el que usufructúa los bienes y productos que se derivan del poder creativo de la auténtica cultura. Un pueblo puede estar en disposición de manejar artefactos sumamente complejos sin poseer la cultura que les dio origen.

10.1. La seriedad propia de la auténtica cultura.

Ahondando más en esta idea, observamos que los pueblos cultos se caracterizan por tratar con absoluta seriedad las cuestiones absolutamente serias. Los pueblos civilizados, pero poco o nada cultos, manipulan los productos de la cultura –por ejemplo, los medios de comunicación– para tratar los temas serios de modo frívolo y someterlos a su arbitrio.

Por frivolidad se entiende no abordar el núcleo de los problemas ni intentar resolverlos de raíz, con total fidelidad a las exigencias de lo real, sino jugarles la vuelta, cercarlos como a un enemigo y dominarlos a traición.

10.2. La cultura nos lleva a cuidar lo decisivo.

En el caso del aborto, sólo hay una cuestión nuclear: si la eliminación del feto constituye un delito que el Estado deba penalizar en virtud de su obligación de velar por los bienes supremos de la sociedad. Uno de tales bienes es el respeto absoluto a la vida humana. En él, como en una roca, se asienta la posibilidad de la existencia en común. Perder tal respeto, aunque sea al amparo de ciertas razones y en casos determinados, significa un riesgo excesivamente grande para la sociedad actual, tan amenazada como las anteriores por diversos tipos de extremismos.

El feto constituye una etapa del proceso de desarrollo de la persona humana. La antropología filosófica actual no ha clarificado todavía de modo suficiente la relación entre la vertiente corpórea y la psíquica del ser humano, y el papel de ambas en la instauración de un ser personal. Esta menesterosidad de la investigación filosófica, ¿permite considerar al feto como una mera realidad vegetal o animal de la que el hombre pueda disponer según sus necesidades, proyectos o deseos? ¿Cabe convertir la ignorancia respecto a un proceso de poder sobrecogedor en patente de corso para atacar a los seres en gestación como si se tratara de elementos intrusos?

Éstas son las cuestiones que todo pueblo culto se plantea con rigor y apertura de espíritu, sin las anteojeras de prejuicios ideológicos esclerosados. Los pueblos civilizados, pero incultos, suelen rehuirlas por principio y movilizar sus recursos propagandísticos para justificar las leyes abortistas de modo oblicuo.

10.3. La manipulación es astuta, pero no por ello deja de ser banal.

Los procedimientos manipuladores suelen llevarse a cabo en varios tiempos:

- Se supervalora la existencia de ciertos problemas y se da por supuesto que sólo pueden ser resueltos mediante las prácticas abortistas. Con ello se corre un velo sobre la crueldad de éstas y se las rodea de un aura de «humanitarismo» que suele conmover la fibra sentimental de las gentes bienintencionadas pero poco avezadas a las cuestiones metodológicas.
- Orientado el asunto desde la perspectiva del interés de los adultos, es fácil hacer plausible ante el pueblo la idea de que la ley abortista recibe su justificación de su ajuste a la opinión de la mayoría.
- Para otorgar un valor contundente a dicha opinión se oculta el hecho de que las encuestas son fácilmente manipulables con sólo dominar algunos recursos estratégicos del lenguaje, y se da a entender que la dignidad de las personas pende de la libertad de maniobra que posean. Se sigue aquí el precepto demagógico de no matizar los conceptos y se opera con un concepto tosco de libertad que hace posible confundir, a efectos estratégicos, la *libertad creativa* con la mera *libertad de maniobra*, libertad para disponer de todo tipo de realidades como si fueran objetos.
- Tras este planteamiento unilateral, resulta fácil y efectista tachar de represiva y antidemocrática toda medida que tienda a reducir a sus justos límites la *libertad de maniobra* para hacer posible la *libertad creativa*. Queda abierta, de este modo, la vía para la descalificación expeditiva de los adversarios de la ley abortista.

Si éstos se apoyan en los avances científicos, se hace simplemente uso del recurso estratégico de la mofa y se afirma —de espaldas a la historia— que nunca han desempeñado un papel positivo en el fomento de la cultura.

Si los defensores de la vida humana subrayan el precepto ético de respetarla incondicionalmente, los manipuladores practican una escisión injusta entre el ámbito de la ética y el de la política, dejando de lado el hecho básico de que la vida ética es vida creativa, y la creatividad humana tiene una ineludible proyección comunitaria, de modo que, cuando se trata de poner las bases de una vida humana auténticamente creativa —que, como tal, supere los límites entre lo individual-privado y lo comunitario-público—, lo ético y lo jurídico deben potenciarse mutuamente.

Éstos y otros modos semejantes de eludir la cuestión nuclear mediante una forma bien conocida de estrategia envolvente —que, al tiempo que soslaya los puntos decisivos, parece dominarlos por vía de cerco— no presenta un carácter serio y no son admisibles en un país culto. Pero tampoco lo son los métodos seguidos por los proabortistas que tratan el tema de frente y lo hacen de un modo unilateral que permite toda suerte de simplificaciones y confusiones.

10.4. La superficialidad de otros recursos proabortistas.

Hay quienes se facilitan las cosas en extremo e identifican sin más los términos «personal» y «personalidad», con lo cual allanan el camino para afirmar a) que el feto no puede considerarse como un ser «humano» —es decir, como persona—, por ser «pura biología», y b) que el hombre sólo llega a ser persona «por convención». Sin pararse a considerar —entre otras cuestiones fundamentales que sería necesario tener en cuenta— que uno de los logros de la antropología contemporánea consiste precisamente en haber superado las dicotomías «bios-psyché», «animalidad-humanidad», y haber descubierto la necesidad de distinguir «personeidad» y «personalidad», sentencian que no cabe hablar de persona humana antes de

que el nuevo ser pase por un proceso de inculturación. Por fortuna, esta posición es hoy día del todo insostenible, pues sobrecoge prever las consecuencias que podrían sacarse de la misma en orden a disponer de la vida de los demás seres antes y después de nacer.

Otro recurso estratégico no menos temible e injustificable en el estado actual de la cultura es plantear la cuestión del aborto en un plano «objetivista», como si se tratara simplemente de decidir acerca de la posibilidad de manipular un objeto. Es temible este planteamiento porque la filosofía actual ha clarificado de forma inapelable que el reduccionismo constituye la fuente de toda violencia.

El «decálogo» presentado por el ministro de justicia de cierto país para legitimar la despenalización del aborto no ofrece otra razón de carácter ético que «el derecho inviolable inherente a la libertad de la persona de disponer libremente de su cuerpo y de cuanto en él acontezca». En este breve escrito se destaca tres veces el presunto derecho a «*disponer del propio cuerpo*». Asusta ver que se tome una medida tan grave como es promulgar una ley proabortista sobre la base de una orientación filosófica que fue pulverizada y superada hace casi un siglo. ¡Qué dirían Karl Jaspers y tantos otros pensadores existenciales, fenomenólogos y personalistas si leyeran este documento! Su decepción sería sin duda devastadora al observar que fueron vanos sus esfuerzos por superar el «*objetivismo*», la actitud de dominio y manipulación de las realidades «inobjetivas», que, por su alto rango entitativo, exigen un tratamiento respetuoso, dialógico, creador. Hoy día, la distinción entre *tener* y *ser*, *nivel objetivista* y *nivel lúdico-creativo*, *actitud manipuladora* y *actitud dialógica* es un bien común del pensamiento más lúcido. No se pueden ignorar o dejar de lado las conquistas de la investigación humanista sin salirse del ámbito de la cultura y exponerse a graves riesgos.

Obviamente, en el *nivel 1* –el plano de los meros objetos– el valor supremo es la posibilidad de libre disposición sobre las realidades del entorno. Pero, si uno se mueve en el *nivel 2* –el plano de la creatividad y el encuentro–, observa que tal género de libertad se opone frontalmente a la *libertad para la creatividad*, que es la auténtica libertad humana. El cuerpo del hombre, cuando es visto como una realidad *disponible*, queda rebajado a condición de objeto, y entre objetos –por codiciados que sean– no es posible relación alguna creativa. Es un contrasentido atacar la discriminante reducción de la mujer a *objeto de contemplación* en concursos de belleza, anuncios publicitarios y espectáculos, y pretender exaltarla otorgándole poder de disposición sobre su cuerpo. Todas las formas de envilecimiento de la mujer parten de una radical: *la consideración del cuerpo humano como algo de lo que cabe disponer*. Este reduccionismo es un modo de injusticia radical que todo ministro de justicia debiera, por razones de oficio, desautorizar con la mayor energía, ya que supone un retorno a estadios de convivencia primitivos.

Los errores filosóficos básicos se pagan a muy alto precio. Hoy subraya más que nunca la filosofía que para conseguir formas *eminentes* de libertad debemos renunciar a formas inferiores. De ahí que represar un tanto *la libertad de maniobra* para fomentar la libertad creativa no sea considerado por ninguna persona culta –conocedora de las leyes de la creatividad– como una «represión», sino como la única vía de la auténtica liberación. Esta liberación es indispensable para instaurar un régimen de vida democrático.

De lo antedicho se induce que la superficialidad en el pensar y razonar puede producir devastaciones en la vida de las personas y las sociedades cuando traspasa ciertos límites. De ahí la necesidad de aprender a pensar con la debida precisión, que ha de ser tanto mayor cuanto más valiosa sea la realidad analizada.

11. RESPETAR LA REALIDAD ES LA BASE DE LA VIDA DEMOCRÁTICA

*«Si esas malditas clínicas no existieran,
yo tendría a mi hijo»,
exclamó una mujer al ver la ecografía de su hijo.*

(ABC, 13-1-14, pág. 15)

En los últimos años se viene subrayando la urgencia de cultivar los modos democráticos de convivencia: respetar las opiniones ajenas, fomentar el diálogo sereno y constructivo, edificar entre todos una sociedad más perfecta y justa. Pero, cuando surge una cuestión polémica, los mismos que se consideran abanderados de tal espíritu democrático pierden a veces el temple ante la menor objeción que se haga a sus tesis y descalifican drásticamente a quienes tienen el derecho e, incluso, el deber de formularla. Los ataques personales ejercen un efecto intimidatorio y amenguan o anulan del todo la libertad de expresión. Para que haya diálogo auténtico, se requiere un clima de distensión y mutuo respeto, clima no crispado por posiciones belicosas de ataque y defensa.

11.1. Una grave carencia democrática.

En una publicación reciente se recuerda a los lectores que los componentes básicos que nutren los hábitos de la convivencia democrática en las naciones civilizadas son la tolerancia hacia los discrepantes, el gusto por la verdad y el respeto a la propia dignidad. Nada más cierto, pero también más lejano de la actitud agresiva que se adopta en el mismo escrito hacia quienes no aceptan la tesis abortista.

Obviamente, este comportamiento no ayuda a aclarar las cosas y a crear el clima de reconciliación que todos, al parecer, deseamos fundar. El recurso estratégico de la *mofa* permite rehuir el debate serio y adquirir una superioridad ficticia sobre el adversario ideológico, pero constituye un obstáculo grave en la búsqueda de la verdad. Los excesos verbales –tan frecuentes hoy día en ciertos debates– deben ser sustituidos rápidamente por el análisis imparcial y concienzudo de los temas tratados. Si uno disiente de una tesis, puede y debe expresar su opinión y articularla y fundamentarla de modo que aporte luz. Quienes, a su vez, disientan de tal crítica han de proceder a la defensa de sus ideas ahondando en las razones que las avalan, no atacando a la persona de sus adversarios. Esta confrontación razonada de opiniones crea un campo de iluminación e impulsa un proceso de búsqueda de la verdad, al final del cual no hay vencedores ni vencidos, sino personas respetuosas con la realidad. Ajustarse a las exigencias de lo real no supone nunca una derrota, sino una conquista: el alumbramiento de la verdad.

11.2. La verdadera tolerancia consiste en buscar la verdad en común.

Si se tiene amor a la verdad, no sólo se respeta la libertad de expresión del adversario, sino que se está dispuesto a tomar en cuenta y sopesar las razones que ofrezca. Sin esta voluntad acogedora, el diálogo no avanza; se convierte en una guerra de desgaste mantenida desde posiciones inalterables.

En esta línea de investigación dialógica de la verdad, me complazco en asumir como propias algunas exigencias de ciertos proabortistas: luchar contra el hambre y el dispendio armamentístico, fomentar la calidad de vida en todos los órdenes, proclamar la ilicitud de toda

represión de las auténticas libertades... Con la misma decisión y en virtud del mismo espíritu de atención a la realidad, debo tomar posición frente a la exigencia de despenalización total del aborto y afirmar —con todo respeto para las personas— que los razonamientos que suelen realizar los proabortistas presentan demasiados fallos de tipo metodológico y filosófico para que puedan ser aceptados. Aunque fuera partidario del aborto, tendría que rechazar, como profesional de la filosofía, las razones que suelen aducirse para hacer plausible la práctica libre del mismo. Esta afirmación, para que constituya un elemento de diálogo fructífero, debe ser debidamente articulada y razonada.

La fidelidad a lo real exige ir al *núcleo* de las cuestiones y estudiarlas de modo cabal, con afán de descubrir la verdad, no de *vencer* al adversario sin necesidad de *convencerlo*. La cuestión nuclear es sólo una, como hemos visto: si el aborto constituye o no un delito, por anular un proceso vital de carácter humano. La despenalización significa que el Gobierno interpreta que no lo es. Los proabortistas son los que deben tomar la iniciativa en demostrarlo con razones sólidas, no con ataques a quienes piensen de modo distinto. En tal demostración no deben jugar papel alguno los deseos, los intereses y las opiniones de las personas, por respetables que sean en sí mismas. Aquí se trata de un hecho —el aborto— cuya significación y alcance deben ser precisados con todo rigor. Esta precisión es tarea, en primer lugar, de la ciencia biológica. En cuanto ésta descubre lo que es la realidad —en este caso, la realidad de la procreación de una nueva vida humana—, debe apoyarse en ella el juicio ético. Afirmar, por tanto, que en lo tocante al aborto la ética debe mantenerse al margen de la ciencia, y la política al margen de la ética, es plantear la cuestión de espaldas a las exigencias de la realidad misma.

La obligación de aducir razones bien contrastadas es tanto mayor cuanto más directamente afecta la medida tomada a las estructuras básicas de la vida humana. Todos reconocen hoy día que la cuestión del aborto compromete al hombre en lo más hondo de su ser personal, porque lo obliga a tomar opción respecto a algo tan serio como es la transmisión de la vida humana. Si esto es así, nada debiera decirse que pudiera dar motivo fundado a sospechar que la cuestión del aborto no fue planteada para resolver ciertos problemas graves de la sociedad, sino para echar cortinas de humo sobre otros problemas no resueltos y lograr un tipo de compensación ante posibles seguidores defraudados.

11.3. Necesidad de plantear bien los problemas.

La sociedad española tiene derecho a exigir que cuestiones tan significativas en sí mismas y tan grávidas de consecuencias como la del aborto sean tratadas por las autoridades y los configuradores de la opinión pública de forma *auténticamente* progresista, es decir, de raíz y sin provocar males mayores. Si, a falta de razones convincentes, se convierte la simple fuerza de los votos en la suprema y única razón de gobierno, se ataca frontalmente la posibilidad de la democracia, pues la luz que brota en el diálogo es apagada violentamente y la sociedad pierde su fuente máxima de clarificación y orientación. Las consecuencias de esta pérdida son incalculables, porque la existencia de un campo común de búsqueda de la verdad marca la línea divisoria entre la democracia y la tiranía. La democracia tiene muchos enemigos. No es el menor la anulación de la posibilidad de un diálogo abierto y amistoso.

El pueblo español —cuya madurez espiritual tanto se ha ponderado— merece sin duda que no se dedique a una propaganda manipuladora el tiempo necesario para clarificar a fondo los problemas. La confianza en la solidez de la tesis que uno defiende da serenidad para afrontar un debate sereno y abierto. Animémonos a emprenderlo.

12. LA DEMOCRACIA SE ASIENTA EN LA COLABORACIÓN Y EL JUEGO LIMPIO

Arrogarse el derecho a determinar el destino de una vida humana supone una desmesura arrogante, a no ser cuando están en peligro dos vidas, la de la madre y la del hijo.

La búsqueda de soluciones a los problemas humanos debe hacerse, lógicamente, dentro de los límites del hombre. Buscar solución a los problemas planteados por embarazos no deseados mediante la eliminación de la vida es una desmesura, o dicho en términos griegos, una «*barbarie*». Está fuera de nuestros límites, y hacerlo es una medida inspirada por la *altanería* –en griego, «*hybris*» –, actitud cuya peligrosidad ha sido delatada por eminentes pensadores en las últimas décadas.

Los hombres adivinaron de antiguo la gravedad de cuanto significa traspasar los límites puestos a su modo de ser. Ya en el lenguaje de las leyendas se plasma esta conciencia de los riesgos que implica tal desmesura. Piénsese, por ejemplo, en la leyenda del «*El holandés errante*», que inmortalizó Richard Wagner en su ópera homónima. Es cierto que la humanidad ha progresado a golpes de audacia, traspasando fronteras que durante tiempo fueron consideradas como límites infranqueables. Ahora bien, la humanidad ha llegado a un consenso prácticamente unánime acerca de la condición inviolable de la vida humana, y esta convicción está conduciendo a la supresión gradual de la pena de muerte, incluso en los casos más graves de delincuencia. Ni siquiera al que atenta contra la vida de los demás se le priva de la suya. Y la razón no es otra, en el fondo, sino ésta: *El hombre, incluso el representante de la sociedad que debe velar por el bien común, no se siente autorizado a disponer de la vida de otro hombre, por mucho que éste se haya mostrado indigno de vivir en sociedad.* Consiguientemente, se lo segrega de la vida social, pero se respeta su vida, esperando una recuperación que a menudo no se da.

Una humanidad que ha llegado a este consenso tiene que considerar como un límite infranqueable la vida ajena, comenzando por la del no nacido. No puede esto compararse a meterse mar adentro y surcar los mares –como en el caso de «*El holandés errante*» –, a diseccionar cadáveres, a vencer el campo de gravedad de la tierra. Estas formas de superar límites se hicieron arriesgadamente en aras del progreso de la humanidad. En virtud de este mismo progreso, la humanidad llegó a hacerse una conciencia clara del carácter sagrado de la vida, y se autoimpuso el límite de respetarla incondicionalmente a medida que creció en sabiduría. Sobrepassar este límite no es, por ello, una medida progresiva, sino gravemente regresiva.

12.2. Los fines ocultos del aborto.

Al advertir que no se toman en consideración algunas alternativas que resuelven el problema planteado por ciertos embarazos y no plantean problemas nuevos, uno se ve instado a sospechar que se toma la práctica del aborto como algo independiente del problema de las mujeres gestantes. Se sirve, con ella, a otros fines, y las razones que se alegan son pura táctica al servicio de una estrategia, es decir, un plan de conjunto.

En un espacio radiofónico de gran audiencia se dio cuenta del problema planteado por la solicitud de aborto realizada por una joven madre de familia en un centro de la seguridad social y se leyó una nota de un representante de la asociación «*Adevida*», que ofrecía una alternativa airosa a esa solución extrema. El locutor no tomó en cuenta este ofrecimiento, y por toda

respuesta dio la palabra a un médico proabortista. Éste cantó las excelencias del aborto en virtud –a su entender– de la obligación que tienen los profesionales de la medicina de responder a la creciente demanda *social* de tal práctica. En su larga exposición no hizo la menor alusión a las vidas humanas que perecen a causa de tales demandas. Dio por supuesto que toda solicitud de este género ha de ser satisfecha de modo automático por quienes tienen como profesión la defensa de la vida. Ya sabemos que dar por supuesto –sin ofrecer razón alguna– lo que a uno le interesa es uno de los recursos típicos de los manipuladores.

Estamos ante un caso flagrante de planteamiento unilateral de un problema complejo. En el caso del aborto hay dos valores que se disputan la primacía: por una parte, la *libertad de maniobra* de una mujer que no desea tener un hijo y quiere liberarse de él; por otra, el derecho de la vida naciente a desarrollarse de forma cabal. Atender sólo a uno de estos valores y otorgarle la primacía de modo implacable, afirmando ante millones de radioescuchas que actualmente todos los países civilizados han hecho ya su opción en este sentido y la humanidad no tiene más salida que ésta, es un ataque frontal a la realidad. Conforme a la norma manipuladora de no matizar los conceptos, se oculta que se trata de una mera “libertad de maniobra” –libertad, en este caso, de disponer de la vida ajena arbitrariamente, conforme a los propios intereses –, y se deja entender que está en juego nada menos que la “libertad humana auténtica”, que es la “libertad creativa”. Como el término “libertad” es actualmente un término “talismán” –una aparente panacea intocable–, se hace ver a las gentes poco versadas en estas cuestiones complejas que, si se merma esa libertad, se causa un grave quebranto a la vida humana. De hecho se está influyendo en la opinión pública con estas razones especiosas, falsas de raíz, pero a la realidad no se la engaña con sofismas y medias verdades, proclamadas con insistencia y aplomo en ciertos espacios radiofónicos. Cuando se ataca a la realidad, ésta se venga dejando a las sociedades en desamparo.

12.3. El recurso de la mofa.

Una persona muy cualificada socialmente publicó un escrito bien matizado contra la ley abortista. Todo el que se manifiesta en público se expone a recibir severos correctivos críticos, pero tiene derecho a que se le preste la debida atención antes de ser censurado. En una emisión radiofónica se dio cuenta de la aparición de tal escrito, y a continuación se hizo constar que no se lo sometía a análisis porque –se dijo literalmente– «*ya conocemos al personaje*». Este procedimiento se denomina «*recurso estratégico de la mofa*» en los estudios sobre estrategia del lenguaje y manipulación del hombre. Utilizarlo significa no hacer juego limpio. Si no se considera a un autor digno de ser sometido a estudio, lo adecuado es correr un tupido velo sobre sus escritos. El que considere que tal escrito es *noticia*, debe prestarle la debida atención, y a las razones que aduce enfrentarle otras, y dejar que sea la confrontación puramente intelectual la que decida acerca de la oportunidad del escrito, su calidad y su ajuste a lo real.

Este tipo de discusiones que no degeneran en *disputas* ni se reducen a simples descalificaciones sumarias enriquecen nuestra vida social y constituyen uno de los ejes de la vida democrática. En ésta nadie debe considerarse dotado de un carisma salvador, de una sabiduría absoluta, excluyente y prepotente. Todos necesitamos la luz que puedan aportar los demás en su deseo de contribuir a la clarificación de los grandes temas que plantea la vida diaria. Dejar fuera de juego a una persona o a un grupo por el simple hecho de que defienden posiciones distintas a las nuestras, sin someterlas a un mínimo examen riguroso, es una característica propia de los tiranos, de los que hablan para imponer su opinión particular, no para buscar en común la verdad. Esta actitud –actualmente tan extendida que parece constituir algo inevitable, casi connatural a la confrontación partidista– anula de raíz la esencia de la vida democrática. Ésta se configura de modo auténtico cuando se busca la verdad conjuntamente y se fundan campos de juego comunes.

12.4. El egoísmo bloquea la búsqueda de la verdad.

La oclusión en las propias posiciones reduce los sistemas de pensamiento a *meras ideologías*, sistemas de pensamiento esclerosados, rígidos, incapaces de modularse y desarrollarse. Cuando los hombres bien dotados observan que en la confrontación política las posiciones están ya tomadas, y las fronteras no admiten corrimiento alguno, temen con razón que para buen número de los protagonistas de la vida pública lo decisivo no es tanto cultivar la inteligencia cuanto las artes de persuadir a cualquier precio para conquistar al pueblo y adquirir poder. Cuando esto sucede, la política vive para sí misma, de espaldas al pueblo a quien dice servir.

Si estimamos el régimen democrático de convivencia, ello responde sin duda —y así se dice constantemente en los medios de comunicación— al hecho de que es *un régimen de libertades*. Pues bien, la libertad sólo se conserva si todos hacen juego limpio, singularmente los que ostentan un mayor poder. Entre éstos se hallan los que un día y otro tienen el privilegio —compartido por muy pocos— de hablar a millones de personas a través de los medios de comunicación. Hacer juego limpio significa utilizar el lenguaje para unirse en la búsqueda de la verdad, no para imponer astutamente las propias convicciones y dominar a las gentes de forma manipuladora. El manipulador desvirtúa el lenguaje y el pensamiento. Tiene mal estilo.

Este estilo quedó penosamente de manifiesto en el empeño de cierta televisión estatal por ofrecer como opinión generalizada la idea minoritaria de que es necesario ampliar la ley abortista. Una vez más se siguió aquí la vieja táctica de dar por supuesto —el manipulador nunca demuestra nada; da por hecho lo que favorece sus planes— que la ley en vigor resulta insuficiente y ha de ser suplida por otra más generosa. Se plantea el asunto como una cuestión de *liberalidad y progresismo*: dos vocablos bien tipificados en los manuales de manipulación de las gentes a través del lenguaje.

Este empeño nos lleva a recordar una máxima fundamental en la teoría de la comunicación: lo propio del periodista, su tarea básica y su timbre de gloria es *informar*. También el crear opinión entra en su cometido, pero en un segundo momento. Modelar la opinión pública sin informar previamente es una manipulación que corroe en su raíz la vida democrática.

La información televisiva ha de contar con la imagen. Sobre el aborto existen hoy vídeos muy autorizados que dan información cabal acerca de lo que significa de verdad la llamada estratégicamente «interrupción voluntaria del embarazo». El máximo promotor del aborto en Estados Unidos —el Dr. Bernhard Nathanson— confesó que su aversión a esta práctica comenzó al ver, por primera vez, en una película científica la reacción del feto ante el ataque que se le infiere desde el exterior. Aquí sí es verdad que una imagen vale más que cien palabras, aunque éstas tengan todo el poder que les confiere el arte de la manipulación. En cierta universidad pública —que permite la exhibición de cualquier tipo de documentales— se vetó la proyección de “El grito silencioso”, el sencillo film que dejó atónito al mayor abortista de Estados Unidos y lo convirtió en el más decidido defensor de la vida.

Anímense los defensores de la libertad y los profesionales de la información a aportar luz y taquígrafos al debate sobre el aborto. Faciliten al pueblo las aportaciones visuales de los científicos; no entrevistas amañadas con quienes sólo ven los presuntos «derechos» de una de las partes implicadas. Ha llegado la hora de solicitar debates públicos bien configurados sobre este tipo de temas.

13. LO QUE PROCEDE ES ACOGER LA VIDA, NO DESTRUIRLA

*Cuando se pide libertad para el aborto,
se solicita «libertad de maniobra»,
libertad para dominar una vida
y decidir sobre ella, con actitud prepotente.
Con ello se elimina la «libertad creativa»,
libertad para promover y cuidar la vida humana.*

Vista en bloque la situación actual, se advierte –por un criterio de coherencia– que el fomento de las distintas formas de vértigo responde a un afán inmoderado de incrementar la *libertad de maniobra*, que es un forma de poder. Se podrían aducir muchos datos que llevan a esta conclusión. Sólo por vía de ejemplo, recordaré algunos:

- Ciertos partidos incluyen siempre en sus programas toda suerte de medidas que favorecen el incremento de las experiencias de *vértigo* o fascinación. Lo hacen, estratégicamente, bajo pretexto de “*liberalización*” de las costumbres, al amparo del equívoco vocablo “*liberalizar*”, que está claramente emparejado con el término talismán “*liberar*”, pero no determina el tipo de libertad que posibilita.
- Las razones que suelen darse –incluso, a veces, desde instancias responsables de la cosa pública– en orden a la legitimación de tales medidas liberalizadoras son extremadamente inconsistentes, y son presentadas de forma estratégica, abiertamente demagógica. Afirmar, por ejemplo, que «practicar el aborto es un derecho de la mujer» supone una *contradicción en sus mismos términos* –fallo inaceptable en toda lógica bien elaborada–, por cuanto nuestros derechos fundamentales surgen de la necesidad natural de promover la vida humana.
- La confusión deliberada y estratégica de las experiencias de vértigo –o fascinación– y las de éxtasis –o encuentro– reviste una insospechada gravedad por cuanto el hombre es un ser dialógico, que vive como persona, se desarrolla y perfecciona *por vía de encuentro*. La biología, la antropología, la psicología y la filosofía actuales andan a porfía en señalar que el hombre es un *ser abierto*, y troquela su ser personal en relación a las realidades del entorno. La categoría de relación está adquiriendo de día en día mayor relevancia, al ser analizada con una mentalidad *relacional*, no meramente relativista. «*Lo importante no eres tú, lo importante no soy yo. Lo importante de verdad es lo que acontece entre tú y yo*». Este es el pensamiento nuclear de un autor hebreo, Martin Buber, bien enraizado en la religión del diálogo y el encuentro²⁰. Ya al nacer, el ser humano tiene que fundar con la madre o quien haga sus veces un ámbito “*diatrófico o tutelar*” (Juan Rof Carballo, 1961), que es el primer campo de creatividad. La vida del hombre se desarrolla y perfecciona en medida directamente proporcional a la cantidad y calidad de los encuentros que realice en su vida.
- Si el entorno –familiar, colegial, urbano, cultural, paisajístico– no favorece esa actividad interaccional, el ser humano puede quedar infradesarrollado o incluso perecer, como bien sabemos desde los conocidos experimentos de Federico II de Hohenstaufen. Según la *Crónica de Salimbene*, se cuenta que Federico II, para descubrir el lenguaje primario del hombre, ordenó que a varios bebés huérfanos se los cuidara con todo esmero, pero no les dirigiera una sola palabra. Los niños no comenzaron a hablar en hebreo, o en latín

²⁰ Cf. *Qué es el hombre* (FCE, México 1954) págs. 150-155.

o en griego -contra lo que se pensaba entonces que iba a suceder-, ni tampoco en la lengua de sus padres, sino que murieron²¹.

- El encuentro es un acontecimiento muy superior a la yuxtaposición y al mero choque. Constituye un entreveramiento de dos realidades abiertas o ámbitos. La filosofía actual –sobre todo el movimiento existencial y el dialógico– ha destacado, al lado de las realidades objetivas –asibles, mensurables, delimitables– las realidades “superobjetivas” –o “ambitales”–, que no muestran estas características, pero son reales y efectivas. No son asibles, ni pesables, ni delimitables, pero son fuente de posibilidades y poseen cierta dosis de iniciativa. Más que “objetos” inertes, son realidades activas, llamadas a relacionarse con otras. Tienen una condición *abierta*, y se asemejan más a un “campo de realidad” que a una cosa. Por eso las denomino “ámbitos de realidad” o, sencillamente, “ámbitos”²². Son tipos de realidad que no tienden a cerrarse sobre sí mismos, sino a abrirse. A ello alude certeramente Martin Buber cuando afirma que “el tú no limita”²³. Pero no sólo el hombre, también una realidad estética, una institución, una obra de arte, un instrumento, el mar, un barco, una ciudad, y otras muchas realidades presentan una condición abierta o “ambital”.

Los ámbitos, al entreverarse de modo armónico, dan lugar a ámbitos nuevos y fundan modos eminentes de unidad, acontecimientos de encuentro. Cuando hay encuentro, hay fiesta, y toda fiesta es fuente de luminosidad, gozo y belleza. Desde antiguo se define la belleza como esplendor del orden, de la ordenación, del entreveramiento de realidades que son ámbitos, campos de posibilidades de juego creador. Las mejores virtualidades del ser humano sólo se actualizan en el acontecimiento del encuentro.

A la inversa, la imposibilidad del encuentro provoca la asfixia lúdica. Lo atestigua la Antropología actual más lúcida, y lo ejemplifica de modo dramático la literatura de todos los tiempos. Ello permite calibrar la responsabilidad que tienen los mayores de ofrecer a niños y jóvenes un entorno de ámbitos adecuado al desarrollo cabal de su personalidad. La configuración de la vida social en todos sus aspectos es una tarea que compromete por igual a la política, la ética, la biología, la antropología y la filosofía, pues todas estas áreas de conocimiento y acción deben contribuir a elaborar un entorno humano que no sea un mero conglomerado de objetos a dominar y manipular, sino un mundo orgánico de ámbitos con los que *encontrarse* y fundar modos relevantes de unidad. Afirmar que la Ética constituye un reducto *privado* del individuo, a diferencia de la Política, que presenta un carácter *público*, es un error básico que desgarrar insalvablemente la vida social.

Una concepción rigurosa y cabal de lo que es y abarca el ser humano nos permite plantear de modo adecuado los temas relativos a la vida y a la calidad de la misma. El ser humano necesita, al nacer, ser bien recibido, ser amado, no sólo tolerado. Pero ser amado implica más que recibir cuidados. Supone encontrar un clima de amor, de comprensión y acogimiento. Lo que más necesitan los niños no es que les quieran a ellos los padres, sino que éstos se amen entre sí, porque este amor funda el ámbito del hogar, y éste es el *protoámbito*, el primero y primario, el campo de juego modélico para toda la vida, del que uno parte y en el que se asienta constantemente. La falta de este ámbito acogedor es raíz de múltiples fenómenos de violencia²⁴.

²¹ Guardini, R., *Welt und Person*, Wekbund, Würzburg 1950, pág. 108. Versión española: *Mundo y Persona*, Encuentro, Madrid 2000, pág. 118.

²² Sobre el concepto de ámbito pueden verse amplias precisiones en mis obras: *Inteligencia creativa* (BAC, Madrid 2003, 4ª ed.) y *El secreto de una vida lograda* (Palabra, Madrid 2016, 2ª ed.).

²³ Cf. *Ich und Du*, en *Die Schriften über das dialogische Prinzip*, L. Schneider Heidelberg, 1954, pág. 8. Versión española: *Yo y tú* (Caparrós, Madrid 1995, 2ª ed.) pág. 8.

²⁴ Cf. J. Rof Carballo: (*Violencia y ternura*, Prensa Española, Madrid, 1977).

13.2. El cuidado de la vida naciente.

Si esto es así, no basta exigir que se respete la vida de los seres no nacidos. Se requiere dar un paso adelante, y reclamar todos los derechos de los nuevos seres humanos. Lo mismo que, a propósito de la campaña antidivorcista, suele subrayarse que lo decisivo no es impugnar la concesión de facilidades para desunirse, sino destacar la necesidad de fundar modos eminentes de unidad, también la actividad antiabortista ha de romper una lanza por todo cuanto requiere la vida humana para desarrollarse de modo cabal. La vida humana necesita, ante todo, un entorno propicio al ejercicio de la creatividad en todos los órdenes. Si las personas del entorno de un niño que nace se sienten dueñas del destino de los nuevos seres humanos y creen poseer un derecho ilimitado a disponer de su futuro, instauran un clima de hosquedad inadecuado al recto desarrollo del ser humano. Al crecer en este clima, los niños que sean admitidos al juego de la vida se sentirán, a su vez, autorizados a disponer de la vida de sus anfitriones cuando éstos se hallen en su declive final.

La vida humana es fruto de un encuentro; no es producto de una actividad artesanal que el hombre realice a modo de causa eficiente. Tal fruto merece respeto; no es disponible y poseíble. Constituye un centro de iniciativa, igual que sus progenitores, y pide ser considerado como tal. Este trato sólo es posible en un clima social configurado por un estilo de pensar ajustado a cada modo de realidad. Pensar la realidad humana naciente como si fuera un mero objeto disponible es una torsión violenta de la realidad, que responde a una orientación filosófica *individualista* que hoy día está absolutamente descalificada. Tal distorsión de la realidad inspira las prácticas abortivas que eliminan vidas humanas, y, al mismo tiempo, impone un estilo de pensar y de actuar que frena el dinamismo personal de los seres que consiguen nacer.

13.3. Defender el aborto supone moverse en el nivel 1, el más elemental.

El tema del aborto debe ser visto en su auténtico contexto. Legitimar el aborto significa, en primer término, conceder libertad de maniobra para disponer del fruto de un encuentro. Puede parecer una medida liberalizadora, promotora de libertad. La verdad es todo lo contrario, porque, al consagrar como legítima y normal, e incluso progresista, una actitud de dominio sobre la vida humana —que no es algo de lo que se pueda “disponer”—, se abre la vía a toda suerte de violencias. La cuestión del aborto no es sino un elemento más en el proceso de subversión de valores que se está impulsando a través de la promoción de las experiencias de vértigo. Al defender el aborto, se promueve el vértigo del poder, del dominio, del confort, de la facilidad en la solución de los problemas que provoca el desorden sexual. La Antropología actual nos advierte que entre las diferentes formas de vértigo se da una gran afinidad, y un vértigo llama a otro, y todos se encabalgan entre sí. Al fomentar un tipo de vértigo, cualquiera que sea, se está asestando un golpe de muerte a la libertad creativa del hombre, libertad para configurar estructuras sólidas y defender la propia dignidad. Todo vértigo, por exaltante que resulte, pone al hombre y a los pueblos a merced de los afanosos de poder fácil. Estas ideas - decisivas para la vida de las personas y los pueblos- me he cuidado de clarificarlas en diversas obras²⁵.

Disponer de un entorno que haga viable y fomente la libertad para la creatividad, para la realización de los valores, es el derecho nuclear de los seres humanos. Actualmente, se clama por algunos derechos humanos, pero se conculca abiertamente el derecho básico, el que hace posibles todos los demás y los colma de sentido. Se piden libertades con la misma energía con que, al mismo tiempo, se priva a las gentes de libertad, de la forma auténtica y definitiva de

²⁵ López Quintás, A., *La revolución oculta. Manipulación del lenguaje*, o. c., *La tolerancia y la manipulación*, Rialp, Madrid 2008, 2ª ed., y *Vértigo y éxtasis*, Rialp, Madrid 2006, y en la Biblioteca Digital de la U.F.V., Madrid 2019.

libertad humana, que es la de estar en franquía para toda suerte de experiencias creativas, fundadoras de modos fecundos de unidad.

Por ser “libertad” un término “talisman” en la actualidad, la expresión “os hemos devuelto las libertades” suscita en la mayoría de las gentes una especie de sobrecogimiento que las intimida y cohibe a la hora de reflexionar críticamente. Es hora de perder el miedo a los recursos demagógicos y someter a revisión el sentido más hondo de cuanto se piensa, se dice y legisla. El criterio que debe orientarnos en esta labor de discernimiento crítico no viene dado por un programa político, por los intereses individuales, por la imagen que deseamos tener ante la opinión pública. El criterio único de autenticidad es la realidad y sus leyes. Al defender la necesidad de ajustarnos a la realidad, no se coacciona a nadie, no se impone el propio criterio, no se intenta vencer al adversario ideológico; se desea únicamente ponerse en verdad y hacer posible una vida humana auténtica.

Hoy se tiende a politizarlo todo, a ficharlo con etiquetas tomadas de la vertiente más superficial de la vida política. Da la impresión de que se considera en principio que toda opción, incluso la que se refiere a las cuestiones decisivas de la existencia, pende exclusivamente de una decisión subjetiva del individuo. Este alejamiento de lo real constituye la raíz de la crisis de la vida intelectual en nuestros días²⁶. Para salir de esta crisis se requiere toda una “metanoia”, una conversión o salto a un modo de pensar distinto, rigurosamente realista. En definitiva, la realidad es la que manda. ¿No era esto, en definitiva, lo que pensaba Platón cuando expresó su deseo de que gobernasen los “filósofos”, es decir, los hombres que saber discernir lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo conveniente y lo nefasto?

²⁶ La obra filosófica de X. Zubiri se inició al advertir esta crisis intelectual y llegó a plena madurez merced al impulso que le imprimió la voluntad de hallar una vía eficaz de solución. Cf. «Nuestra situación intelectual», en *Naturaleza, Historia, Dios* (Alianza Editorial, Madrid 1987) págs. 2ss.

14. EL RESPETO INCONDICIONAL A LA VIDA: PILAR BÁSICO DE LA SOCIEDAD

“El que no valora la vida no se la merece”

Leonardo da Vinci

Nada hay más peligroso en una democracia que el abuso estratégico del lenguaje con fines de manipulación de la opinión pública. El lenguaje posee recursos suficientes para orientar a capricho la trayectoria intelectual de las gentes poco avezadas a cuestiones metodológicas. No es difícil, si se movilizan con astucia demagógica los recursos estratégicos del lenguaje, dominar intelectualmente a un pueblo. Pero lo que se tiene en un puño tras la manipulación ya no es un *pueblo*, sino una *masa*, un montón amorfo de individuos carentes de estructura. La *masa* está a merced de los afanosos de poder. La masa es un pueblo en estado de extremo desvalimiento. De ahí que constituya un contrasentido afirmar que se intenta favorecer a las gentes y movilizar para ello un lenguaje que utiliza la unilateralidad como arma estratégica.

14.1. Necesidad de clarificar lo que significa el aborto.

Frente a los planteamientos unilaterales, se impone un análisis integral de la cuestión del aborto.

- El que defienda cualquier tipo de despenalización del aborto está obligado a demostrar que éste no constituye un tipo de delito que deba ser sancionado por el Estado con el fin de velar por los bienes básicos del pueblo. No basta montar una campaña de desprestigio de los adversarios de tal medida. Algunas argumentaciones de éstos debieran, sin duda, estar articuladas con mayor precisión. Aunque este fallo se diera en todas, ello no eximiría a los proabortistas de la obligación antedicha.
- El Estado debe velar por la conservación de todo aquello que constituye un bien inalienable de la sociedad. Los bienes mayores son aquellos que hacen posible la existencia de los hombres porque constituyen los pilares en que se asienta la vida en común. Uno de estos pilares es el respeto incondicional a la vida humana.
- Como sucedió en muchos otros aspectos de la existencia del hombre, también en éste se dio un proceso de maduración. A lo largo de los siglos, la Humanidad ha ido depurando su concepto de lo que es la vida humana, el enigma impresionante de su origen y sus virtualidades de todo orden. Este ahondamiento se tradujo en un respeto absoluto a la vida y la consiguiente renuncia a disponer de ella, aun en el caso de personas que atentan contra la misma. La tentación de disponer de la vida humana, de ejercer sobre ella alguna forma de manipulación es tanto mayor cuanto más alto es el grado de conocimiento técnico.

En los últimos años se oyen voces autorizadas que nos alertan acerca de la urgencia de dotar a la humanidad de un antídoto contra la voluntad de manipulación. Piénsese en Martin Heidegger, Erich Fromm, Th. McMahon, Bernard Haering²⁷. La gran barrera frente a este riesgo es la actitud de respeto incondicional, absolutamente inquebrantable, hacia la vida humana. Si se aceptan como válidas algunas razones para dispensar al hombre de tal actitud, se abre una brecha en dicha barrera, y el hombre queda inerme frente a la creciente ansia de dominio.

Téngase en cuenta que la voluntad de seguridad, de dominio, de bienestar y goce va en

²⁷ Cf. *El secreto de una vida lograda*, o. c., passim.

aumento, y para ser saciada se requiere *libertad de maniobra*. Si no se marcan juiciosamente los límites de tal libertad, para hacer posible la auténtica libertad, que es la *libertad para la creatividad*, los hombres más débiles sucumbirán a lo que se ha dado llamar el «estado de necesidad» de los más fuertes y ambiciosos.

Si la despenalización del aborto encierra este riesgo, lo lógico es poner en juego todos los recursos de que dispone hoy la humanidad para solucionar los problemas que plantea a veces la concepción. Resulta sorprendente que personas inteligentes, que no pueden ignorar los peligros abismales que entraña el afán de manipulación, propongan como única salida el aborto, sin aludir siquiera a la existencia de otras posibilidades de solución que no presentan riesgos y ofrecen inmensas ventajas.

Sopesadas las ventajas y los riesgos –a corto y, sobre todo, a medio plazo– queda de manifiesto que no cabe defender la despenalización del aborto como un “mal menor”. No hay mal que sea superior al que implica la voladura de ese pilar de la vida social que es el respeto absoluto a la vida humana. Si, en vez de amenguar esa actitud de respeto, se la incrementa, se hará más fuerte en personas y grupos el espíritu de lucha por la salvaguardia de los derechos humanos en todos los frentes.

14.2. El impresionante proceso de desarrollo humano.

Toda persona medianamente informada sabe que, al hablar de cigoto, de embrión y de feto, se alude a un proceso vital que, si no es anulado por alguna causa o agente, dará lugar –por autorregulación y en virtud de sus internas potencialidades– a un ser humano plenamente desarrollado. Se trata de un proceso lleno de virtualidades creativas que, al cabo de cierto tiempo, florece en esa realidad que llamamos *persona humana*²⁸.

Hoy sabemos, por la biología, la filosofía y la antropología, que necesitar largo tiempo para constituirse y adaptarse al medio no es una característica propia de un ser defectuoso, sino de un ser sobremanera complejo, llamado a desarrollar su existencia en un “mundo” (*Welt*), no sólo en un “entorno” (“*milieu*”, “*Umwelt*”). Para tener “mundo” hay que conjugar, en la relación con los seres circundantes, un modo de inmediatez con uno de distancia, a fin de fundar un campo de juego. El hombre tarda en constituirse y en adaptarse al medio porque es un ser *lúdico*, eminentemente *creativo* en múltiples aspectos. La ciencia contemporánea ha descubierto con asombro que el proceso de gestación es un proceso unitario, autorregulado, que no puede entenderse rectamente si no se lo estudia como orientado hacia la figura cabal de la persona humana, como suele subrayar el destacado biólogo Adolf Portmann²⁹ (1957, 24-46). La filosofía de la vida está todavía en mantillas. De momento no podemos precisar con el rigor que quisiéramos ciertas cuestiones básicas, pero sabemos bastante más de lo que se desprende de ciertas proclamas a favor del aborto. Nuestros conocimientos son suficientes para poder afirmar con toda decisión que un ser vivo de condición humana es, en todos los momentos de su decurso vital, una realidad alejada años luz de la condición de *objeto*, de medio para un fin, de mero fenómeno biológico infrahumano, y debemos guardarnos de *disponer* de él arbitrariamente.

El hombre puede disponer libremente de los productos de su esfuerzo *artesanal*, pero no de lo que es fruto de un diálogo *creador*. La manipulación de lo humano es una desmesura

²⁸ Resulta impresionante, a este respecto, leer atentamente los tratados sobre filosofía de la vida humana de los filósofos alemanes Hedwig Conrad-Martius, Otto Friedrich Bolnow, August Brunner y Hans Eduard Henstenberg; los franceses Louis Lavelle, Gabriel Marcel, y el psiquiatra español Juan Rof Carballo.

²⁹ Portman, A. «Unterwegs zu einen Bild vom Organismus», en *Die Welt in neuer Sicht*, O. W. Barth, Múnich 1957, págs. 24-46.

típica de países que, en ciertos aspectos de la vida, se dejan llevar de la tentación de conceder primacía a la *civilización* sobre la auténtica *cultura*. El afán de manejo interesado de todas las realidades –actitud que, en algunos momentos irreflexivos y eufóricos, parece promocionar los valores vitales– es, en definitiva, el que acaba inspirando las distintas formas de extrema violencia.

En un proceso vital –como el humano– tan lleno de enigmas para su interpretación filosófica como rebosante de poderes creadores que sobrecogen por su grandeza a los especialistas, debiera el hombre guardarse mucho de intervenir hostilmente. Hoy día nadie puede estar seguro de que en tal o cual momento de la gestación no se trata de un ser *humano*, por muy a medio camino que se halle de la configuración plena de su ser personal. Con términos de Xavier Zubiri, podemos decir que la «personalidad» es la *figura* que va cobrando la “personeidad” (un ser dotado, básicamente, de condición personal) a través de los actos realizados por el yo. Un ser dotado de “personeidad” tiene «personalidad» *en potencia* –si se quiere utilizar esta expresión clásica–, pero dispone ya *en acto* de condición personal, y ésta no es “pura biología”. Si lo fuera, el hombre no podría superar la fijación del animal en los estímulos e iniciar un proceso de aprendizaje en todos los órdenes.

La menesterosidad de nuestros conocimientos sobre la génesis del hombre debe traducirse en actitudes de respetuosa prudencia. De ningún modo legítima una absoluta libertad de maniobra, sea cual fuere la moral que uno profese.

15. EL «DERECHO AL ABORTO»: UNA CONTRADICCIÓN EN SUS TÉRMINOS

«Ningún instrumento de derecho internacional en materia de derechos humanos reconoce el derecho al aborto, ni con carácter universal (ONU), ni regional (tratados europeos o latinoamericanos de derechos humanos)».

(Benigno Blanco Rodríguez,
ex-presidente del Foro Español de la Familia)

Se afirma a menudo que la mujer tiene «derecho al aborto». En un momento, como el actual, tan sensible a la cuestión de los derechos humanos debemos apresurarnos a clarificar esta expresión, de la que pueden derivarse consecuencias nada deseables.

Para evitar malentendidos en el uso de los derechos humanos, debemos precisar cuidadosamente dos cuestiones: en qué se basan tales derechos y a qué aspectos de la vida afectan. Ya sabemos que, cuanto más complejo y grave es un problema, mayor precisión de ideas necesitamos.

15.1. El origen y fundamento de los derechos humanos.

Los seres vivos crecen por ley natural. Los vegetales y los animales crecen siguiendo un impulso interior. Los seres humanos también debemos crecer, pero no sólo en el aspecto biológico sino como personas. Esta segunda forma de crecimiento no nos viene predeterminada; por eso necesitamos saber cómo hemos de crecer, de qué modo debemos configurar, libre y responsablemente, nuestro “modo de ser”, esa especie de “*segunda naturaleza*” que se forma a través de los actos que realizamos y los hábitos que adquirimos a través de tal actividad. Esa segunda naturaleza se llamaba en griego “*êthos*”, de donde se deriva la palabra “Ética”. Al ser conscientes de nuestro deber de crecer, nos sentimos dotados del derecho correlativo de vivir en un ámbito de libertades jurídicas que hagan posible tal crecimiento personal.

De aquí se infiere claramente que nuestros derechos fundamentales tienen como meta promover la vida humana, desarrollarla plenamente, dotarla de *libertad creativa* –no sólo de *libertad de maniobra*–, de sentido, de capacidad creativa en todos los órdenes: la comunicación, la afectividad, la educación propia y de los hijos, la actividad laboral... Todo ser humano necesita un clima de acogimiento, un hogar. De ahí el derecho a una vivienda digna. Tener un trabajo es necesario para desarrollar las propias capacidades, cobrar la necesaria independencia económica, ganar la indispensable autoestima. Por eso nos creemos con derecho al empleo. Por otra parte, multitud de personas sienten el tirón de la trascendencia y se ven inclinadas al cultivo de la fe religiosa. Tienen, por tanto, derecho a hacerlo en un ámbito de libertad religiosa. Estos derechos, inherentes a nuestra forma de ser y de desarrollarnos creando vínculos sociales generan la obligación de la *sociedad* –representada por el Estado– de poner las bases para que toda persona normal puede llegar –con un esfuerzo razonable– a tener un empleo y una vivienda. (No se trata, obviamente, de regalar viviendas y ofrecer empleos a quienes meramente los soliciten, como alguien podría pensar de forma precipitada).

Los derechos van encaminados a promover la vida, no la muerte; la unidad, no la escisión; la paz, no la guerra; el trabajo, no el paro; la rectitud ética, no el desenfreno destructor. Su meta es incrementar la vitalidad en todos los órdenes, no bloquearla y agostarla. Las madres tienen derecho a tener hijos y prestarles los debidos cuidados, para lo cual necesitan una ley laboral flexible. Pero hoy se proclama y exige “su derecho al aborto”. Esta exigencia tiene muchas probabilidades de triunfar en la opinión pública porque el vocablo “derecho” aparece

unido con el término “libertad”, entendido –de la manera más fácil y, en principio, atractiva– como mera “libertad de maniobra”, libertad para actuar de forma arbitraria, conforme al propio gusto y parecer. La palabra “libertad” –así entendida– goza hoy del prestigio de los términos “talismán”. Al ir supuestamente unido a ella, el vocablo “derecho” se convierte en *talismán por adherencia*. Ello lleva a algunos a creerse “progresistas” –en el sentido de “personas avanzadas y liberalizadoras”– con sólo defender una libertad indiscriminada y, bajo su amparo, el derecho al aborto.

No es aceptable utilizar los vocablos con esta imprecisión táctica, a fin de defender las propias tesis a río revuelto. Si nos expresamos con el cuidado exigido por tan serias cuestiones, podemos afirmar nuestro derecho a cuidar la vida, porque es un don valioso que hemos recibido y hemos de mantenerlo y desarrollarlo para movilizar todas sus potencialidades. Pero sería injustificado arrogarnos el derecho de *disponer* de nuestro cuerpo. Sólo es justo disponer de los objetos, y nuestro cuerpo ostenta un rango inmensamente superior a todo objeto, porpreciado que sea. Te doy la mano para saludarte y en ella vibra toda mi persona, mi viejo afecto, mi alegría por volver a verte. No hay objeto en el mundo que muestre ese poder de vibración. Mi cuerpo es la expresión viva de mi persona. Por eso merece el mismo respeto que mi espíritu.

15.2. El derecho al aborto es un sinsentido.

Conceder a las mujeres el derecho a abortar sin que haya un conflicto inevitable entre dos vidas es absolutamente ilícito, porque tal derecho no tiene la menor justificación. Solicitar un derecho para realizar un acto negativo, que está lejos de perfeccionarnos como personas no tiene el menor sentido; más todavía, es un *contrasentido*. Hacerlo pasar como un signo de *progresismo* es un abuso manipulador del lenguaje que constituye un verdadero sarcasmo, un ataque a la capacidad humana de razonar y discernir.

De lo antedicho se infiere que no tiene sentido hablar de la “cultura de la muerte”. Si provoca la muerte, no es cultura. Si es cultura, fomenta la vida, no la destruye. No hay más cultura auténtica que la que promueve la vida.

16. LA GRAVEDAD DEL SÍNDROME POSTABORTO

*«Es mucho menos pesado tener un niño en brazos
que cargarlo sobre la conciencia».*

(Palabras de un médico francés
a una mujer tentada de abortar)

Al tratar el tema del aborto, suele ponerse énfasis en la necesidad de resolver el problema de la madre y se llega, incluso, a atribuir a ésta un “derecho al aborto”. Hemos visto anteriormente que este supuesto derecho al aborto supone una contradicción en sus mismos términos. Todo derecho humano se basa en nuestra necesidad de crecer, de desarrollarnos como personas. Este desarrollo lo llevamos a cabo cuando creamos vida comunitaria, dando vida a nuevos seres y estableciendo con ellos relaciones afectuosas que forman la “urdimbre afectiva” necesaria para el despliegue de la vida humana.

La práctica del aborto supone la quiebra en agraz de tal vida comunitaria. Es el antídoto de una vida de convivencia. Lo es hasta tal punto que no sólo anula una nueva vida –la del hijo– sino que muy a menudo bloquea hasta la asfixia la vida de la malograda madre.

16.1. La sobrecogedora expresividad de los testimonios.

Queda esto de manifiesto en los dramáticos testimonios de diversas mujeres que han desafiado su natural tendencia a la reserva y han expresado abiertamente el calvario que sufrieron desde el momento aciago en que se enrolaron en el proceso abortista y fueron espiritualmente trituradas por la rueda dentada de un mecanismo implacable.

Las consecuencias letales que tiene el aborto para las madres suelen ser celosamente ocultadas por los defensores de esta práctica. Tanto mayor es el mérito de quienes rompen este silencio ominoso para dejar patente que no se trata de extirpar una excrecencia biológica sino de anular una vida humana en estado de gestación. En la lista de tales personas valientes y nobles figuran Sara Martín García, editora del libro *Yo aborté*³⁰, y Carmina García-Valdés, presidenta de la Asociación de Víctimas del Aborto (AVA). De ésta son las palabras de presentación de la obra:

*«Cuando una mujer da a luz a su hijo, todos le dan la enhorabuena, pero, cuando la decisión que toma es la de no tenerlo, los mismos que le han forzado, acompañado o dejado sola en el trance de abortar ¿qué le dicen...? Nada: el silencio es lo que acompaña a la mujer cuando sale del lugar donde se le ha practicado un aborto. Con este libro queremos hablar a las personas que han abortado, para que no se sientan solas, aquí estamos para tenderles una mano y ayudarles a superar el dolor, el sentimiento de culpa, la soledad»*³¹.

16.2. Del engaño a la frustración

Fernando, un varón de 46 años, subraya en su testimonio la necesidad de afrontar la verdad de nuestros actos:

³⁰ Cf. o. c. (Voz de Papel, Madrid 2005).

³¹ Cf. o. c., pág. 15.

«Mi vida ha sufrido un cambio total a raíz de todas mis experiencias con el aborto». «Si he sido capaz de contar este testimonio, ha sido para evitar que pueda ocurrirle lo mismo a otras personas por desconocimiento o por dejarse llevar o por adoptar una posición progresista. También lo hago para pedir públicamente perdón a aquellas mujeres ante las que no tuve la valentía de portarme como un amigo y como una persona valiente en circunstancias difíciles. Yo no defendí la verdad, que es el único camino de liberación para el ser humano. Debemos empezar a llamar a las cosas por su nombre: el aborto es un asesinato, ante el que no queremos asumir el papel que nos ha tocado por naturaleza ni la responsabilidad por nuestros actos».

«A los amigos que me dijeron que no pasaba nada, querría decirles que no es cierto: sí pasa. Llevaré esos abortos en la conciencia toda mi vida. Han repercutido en ella de manera negativa para siempre. Sé que, como hombre, he vivido estas situaciones un poco “al margen”, ya que las mujeres lo siguen viendo como algo exclusivamente suyo, lo cual es un problema: el padre tiene todo el derecho a intentar que la mujer siga adelante con su embarazo, porque el niño es de ambos».

«Reflexionando sobre lo que hubiera podido ayudarme a que esto no hubiera pasado en mi vida, he encontrado varias cosas. Primera, una educación sexual sana. Cuando comencé a tener relaciones sexuales, lo hice para pasármelo bien, sin pensar en las consecuencias. Como la píldora era ya muy usada, podía tener relaciones sexuales sin preocuparme. Me ha costado mucho tiempo darme cuenta de que el sexo no puede desligarse del alma. Está unido al espíritu del hombre y de la mujer. Aunque pretendan engañarnos, el hombre y la mujer sufren cuando viven el sexo sin amor, pues es una manera de violentarse».

«No es cierto que para abortar haya que ser valiente. Es un simple tópico. Siempre hay otra salida: la de la vida, la que eligieron nuestros padres para que nosotros estemos hoy en el mundo. Hay esperanza si hay vida. Desgraciadamente, vivimos inmersos en la idea de que es preferible la nada al dolor. Es precisamente la lucha la que hace que experimentemos el amor al que todos estamos llamados. Porque el amor es lo único que merece la pena en esta vida».

16.3. La crueldad va siempre unida a la hosquedad gélida.

En la mayoría de los testimonios de quienes han abortado se subraya la frialdad –en casos, crueldad– del trato recibido en diversos centros de planificación familiar y en las clínicas abortivas.

«Fui con mi novio a un centro de planificación familiar en mi ciudad (...). Salí de esa consulta muy sorprendida y asustada. Había pedido ayuda y me habían dicho que lo que debía hacer era matar a mi hijo. Mi novio me amenazaba con abandonarme si no abortaba, decía que en su casa no cabía nuestro hijo y que me echaría de ella, mi madre me negó su ayuda, en la clínica no me dieron opción... ¿Quién me mantendría si yo no tenía trabajo ni un piso donde vivir? Estuve cuatro días llorando desconsoladamente: quería tener a mi hijo, nadie escuchó lo que pensaba, lo que sentía... ¿Para qué estaba la psicóloga? ¿No vio cuál iba a ser el problema real para mí?»

«Nunca volvería a abortar. Nunca. Tengo amigas que han pasado por lo mismo y opinan como yo. Por un hijo se hace lo que hace falta. Nunca creí el engaño de la sociedad de que el aborto era algo bueno, pero, después de vivirlo de modo impuesto

tan injustamente, puedo asegurar lo contrario. Esta ley no es digna, es sólo un instrumento de odio y de amargura»³².

«Lo que una madre abandonada y sola necesita es que le digan que la quieren, que la apoyan. A mí me hubiera bastado oír: “Yo te apoyo, no te preocupes, te quiero”. Y entonces hubiera seguido adelante. Un bebé nunca es un problema: yo ya lo sabía porque tenía un hijo. Dan trabajo y te ocupan la vida, pero son una alegría, nunca un problema»³³.

16.4. El síndrome postaborto es consecuencia de una agresión ética indescriptible.

Por dramáticos que sean, los testimonios sobre las alteraciones psicológicas producidas por el aborto nos parecen sencillamente *realistas*, nada fantasiosos sino ajustados a la realidad. De hecho, consta que más de un médico abortista se convirtió en un defensor acérrimo de la vida naciente al contemplar un documental que reflejaba escuetamente lo que acontece a lo largo de un aborto. Además del conocido Doctor Bernard Nathanson, sabemos ahora que también el doctor serbio Stojan Adasevic se sintió impresionado por la película de ultrasonidos “*El grito silencioso*”, que nos pone ante los ojos la reacción como de espanto que tiene el feto ante la agresión del cirujano abortista.

Con su sensibilidad de feliz madre de familia numerosa, María Dolores Vila-Coro, doctora en Derecho y directora de la Cátedra de Bioética de la UNESCO, describe con patetismo realista lo que significa un aborto para las mujeres que lo sufren:

«La gravedad que implica un aborto de estas características no sólo resulta abominable, porque destruye la vida de un concebido no nacido, de un ser que inicia su aventura vital; constituye, además, una brutal agresión contra la mujer. Hay que darse cuenta de la monstruosidad que supone la realización de una acción semejante. Aunque el hijo no es parte de su cuerpo, en contra de lo que sostienen algunos partidarios del aborto, la mujer sufre en su carne y en su sangre la violenta extracción de la criatura de su útero. Hay que valorar también la gravísima vulneración de su intimidad personal, la violencia que se ejerce sobre su persona y el impacto emocional que sufrirá ante un acto de tal envergadura, con las consiguientes repercusiones psicológicas que, con toda seguridad, padecerá»³⁴.

16.5. Necesidad de purificar el ambiente moral.

En el primer discurso dirigido a la nación checa, el ex-presidente Václav Havel destaca con ejemplar claridad la urgencia de vincular la firmeza ética con la práctica política:

«Lo peor es que vivimos en un ambiente moral contaminado. Nos sentimos moralmente enfermos porque nos hemos acostumbrado a decir algo diferente de lo que pensamos. Aprendimos a no creer en nada, a ignorarnos, a preocuparnos solamente por nosotros. Conceptos como amor, amistad, compasión, humildad o perdón han perdido su profundidad y sus dimensiones y para muchos de nosotros representan sólo peculiaridades psicológicas (...). Nuestro país (...) puede irradiar constantemente amor, comprensión, el poder del espíritu y de las ideas. Es precisamente este brillo lo que

³² Testimonio de Fátima, joven emigrante, expuesto en *Yo aborté*, o. c., 60-69. Los testimonios siguientes se hallan todos en esta misma obra.

³³ Cf. *Yo aborté*, o. c., págs. 60-69.

³⁴ Cf. *La bioética en la encrucijada*, Dykinson, Madrid 2003, págs. 127-128.

podremos ofrecer como nuestra contribución específica a la política internacional. Basaryk basó su política en la moralidad. Intentemos, en un nuevo tiempo y de una nueva manera, restaurar este concepto de política. Aprendamos y enseñemos a otros que la política debería ser una expresión del deseo de contribuir a la felicidad de la comunidad más que de una necesidad de engañarla o arruinarla. Aprendamos y enseñemos a otros que la política puede ser no sólo el arte de lo posible, especialmente si eso significa el arte de la especulación, cálculo, intriga, pactos secretos y maniobras pragmáticas, sino que incluso puede ser el arte de lo imposible, es decir, el arte de mejorarnos y mejorar el mundo» (Havel 1994).

17. LA GRAN META ACTUAL: EVITAR TODO TIPO DE ABORTO

«La fabricación de hombres en el laboratorio, el aborto, la prolongación o extinción artificial de la vida humana: todo ello conforma un gran fenómeno en el que subyace la pretensión de dominar definitivamente la vida humana. Nunca como hoy ha sido tan importante el pensamiento de la creación, nunca ha sido éste tan opuesto a la corriente dominante en la civilización»

R. Spaemann: *Ética, política y cristianismo*
(Palabra, Madrid 2007) pág. 224

A lo largo de este libro hemos analizado la práctica abortista desde diversas perspectivas, a fin de clarificar unos cuantos puntos decisivos, a menudo tergiversados por los manipuladores. Como cierre y corona, quiero exponer ahora mi firme –y bien fundamentada, a mi entender– convicción de que todo aborto debe ser evitado. Es hora de que la Humanidad considere como una meta urgente e ineludible evitar esta práctica, de modo semejante a como rechaza la esclavitud, la lapidación y la silla eléctrica. Se dirá que son modos distintos de violencia. Ciertamente, pero tienen un rasgo común, pues *en ellos dispone el hombre de la vida ajena* y pierde, con ello, un logro conseguido tras siglos de esfuerzos heroicos: *el respeto incondicional a la vida humana*.

Para ser incondicional, dicho respeto ha de estar por encima de razonamientos falaces, decisiones políticas interesadas, actuaciones impulsadas por prejuicios ideológicos, no por ideas ajustadas a la realidad. Cuando una convicción, madurada a través de análisis serenos y penetrantes, se convierte para nosotros en un principio de actuación, adquiere una forma de expresión contundente y precisa, como es por ejemplo ésta: «La vida humana ha de ser promovida; el aborto debe ser rechazado».

Si queremos que este principio tenga eficacia en la vida real, hemos de afinar la sensibilidad y estremecernos ante el hecho de quitar la vida a un ser –el embrión– que, aun estando de momento desvalido, posee una fuerza interna impresionante, merced a la cual se convierte rápidamente en un ser humano como nosotros, incluso tal vez mejor dotado.

17.1. Revisión de los tres supuestos de la despenalización del aborto.

Como las leyes modelan, poco a poco, la opinión pública, parece que nos hemos hecho a la idea de que los tres supuestos que justifican –según la ley española actual³⁵– la despenalización del aborto son irrefutables. Si se los analiza con la debida imparcialidad y finura metodológica, se nos muestran como extremadamente vulnerables.

1. En cuanto al supuesto de posible **daño físico o psíquico de la madre**, hay que distinguir diversos grados de daño.
 - Si se trata de daños leves que no comprometen la vida de la madre, no hay conflicto entre dos vidas, sino entre la *salud* de la madre y la vida del hijo. No es frecuente que, debido a un embarazo no deseado, sufra la madre una enfermedad psíquica que ponga en peligro su vida. Lo que sí suele suceder, en cambio, es que el aborto

³⁵ Me refiero a la llamada “Ley Aído”, promulgada en 2010, por el Gobierno de J. L. Rodríguez Zapatero. La reforma de esta ley extremista fue aprobada por el Consejo de Ministros del Gobierno de Mariano Rajoy el día 20 de diciembre de 2013, pero no entrará en vigor hasta bien entrado el año 2014.

provocado cause graves alteraciones psíquicas en las mujeres que lo han perpetrado, como vimos en el capítulo anterior al hablar del “síndrome postaborto”.

- Si el embarazo causa un daño tan grave a la salud de la madre que pone en peligro su vida, se produce un conflicto inevitable entre dos vidas. En tal caso, lo procedente es cuidar a la madre, aunque el tratamiento cause –indirectamente– la muerte del hijo. Pero entonces ya no se trata de un aborto, en sentido estricto. Hubo casos en que la madre prefirió sacrificar su vida a la del hijo. Fue un acto heroico practicado con absoluta libertad, pues, en tal caso, estaba justificado que se dejara cuidar, aun a riesgo de que -como daño colateral indeseado- peligrara la vida del hijo.
2. Cuando se prevé una **malformación del feto**, se recurre a veces al aborto por el temor de que el niño vaya a carecer de una auténtica *calidad de vida*.
 - Antes de hacerlo, deberíamos pensar que el concepto de “calidad de vida” es muy relativo: personas dotadas de perfecta salud y una desahogada posición económica sufren, a veces, una amarguísima falta de sentido, en tanto que otras, con salud quebradiza y escasos medios, disfrutan profundamente con los mínimos goces que les depara la vida cotidiana.
 - Si lo que nos preocupa realmente no es tanto la felicidad del niño cuanto el sacrificio que nos va a suponer su cuidado, hemos de recordar que suele haber personas e instituciones dispuestas a hacerse cargo del mismo en cuanto nazca. Es injusto, pues, considerar el aborto como la única salida.
 3. Cuando una mujer concibe a causa de un acto de **violación**, se produce una situación muy delicada. Pero, aun en este caso, no debemos dar por hecho que lo procedente es acudir sin más al aborto. Se puede intentar persuadir a la gestante de que es más conveniente espiritualmente para ella responder al mal con el bien y, si no se ve con fuerzas para asumir el cuidado del hijo, pensar en la felicidad que puede procurar a la familia que lo adopte. Esto significaría superar el trauma de la agresión padecida con un acto heroico de bondad. Tal acción hará brotar sin duda en su interior una fuente de alegría y madurez espiritual, pues alumbrará en su espíritu la convicción de que no ha quedado sometida a la amarga ley de la violencia, sino a la gozosa ley del amor. Por el contrario, recurrir al aborto podría parecerle, en principio, una solución, pero esta medida destructiva difícilmente le ayudará a suscitar en su interior los sentimientos de autoestima y de paz que son indispensables para ser feliz.

En este contexto, conviene subrayar la importancia de que las jóvenes agredidas sexualmente acudan cuanto antes a un centro médico para impedir que tenga lugar la concepción³⁶.

17.2. Las leyes modelan la opinión pública.

Para valorar la gravedad que encierran las leyes proabortistas, hemos de recordar que las leyes no solo regulan los actos humanos, sino que, a la vez, modelan la opinión pública. La ley de la despenalización del aborto en tres supuestos crea un clima de permisividad en cuanto a disponer de la vida de otros seres. Esta pérdida del respeto incondicional a la vida humana supone un regreso cultural de enormes proporciones. Se impone, por tanto, subrayar con toda energía que el recurso a la muerte del feto ha de ser reducido a los casos de conflicto inevitable

³⁶ Véanse las instrucciones que sugiere la Dra. Dolores Vila-Coro en *La bioética en la encrucijada*, Dykinson, Madrid 2003, págs. 136- 138.

entre dos vidas. Toda arbitrariedad ha de ser evitada incondicionalmente cuando está en juego una vida humana, en cualquier estadio de su desarrollo.

17.3. Necesidad de ayudar a las madres y facilitar las adopciones.

Es obvio que debemos prestar toda la ayuda posible a las madres que se hallen en apuros. Todo embarazo, sobre todo si es primerizo y en edades tempranas, supone de por sí un trauma en diversos aspectos. Si a ello se añade, por una u otra razón, el rechazo de los allegados, las jóvenes requieren una ayuda decidida para evitar una serie de riesgos. Tanto más grave resulta que, a menudo, las personas e instituciones proclives a la práctica del aborto se nieguen a prestarles todo tipo de apoyo. La única salida que suelen ofrecerles en su desvalimiento es la práctica inmediata del aborto, aunque ellas en principio lo rechacen. La impresión que reciben en ciertos *centros de planificación familiar* es que no sólo *permiten* el aborto –como forma de superar problemas supuestamente insolubles de otro modo– sino que lo *fomentan* positivamente.

Frente a esta tendencia unilateral a presentar el aborto como la única solución posible, urge promover las adopciones, facilitando sus trámites y presentándolas como una salida airosa a las gestantes que no se hallen en condiciones de asumir el cuidado de sus hijos. La mujer que da un hijo en adopción sigue siendo madre y hace madre a otra mujer. Participa activamente en uno de los acontecimientos más sobrecogedores de la existencia humana: dar vida a nuevos seres y procurarles una acogida digna en todos los órdenes³⁷.

Se insinúa a veces, malévolamente, que los adversarios del aborto y su despenalización “quieren que las mujeres abortistas vayan a la cárcel”. Esta insinuación está inspirada, sin la menor duda, por la voluntad de tergiversar las cosas para dañar al adversario ideológico. En primer lugar, no se sabe de ninguna mujer que haya sufrido pena de cárcel, en España, por haber saltado los límites de la ley despenalizada del aborto en tres casos. En segundo lugar, una persona normal, no alterada por la ruindad de espíritu, está lejos de *disfrutar con el daño de los demás*. Los adversarios del aborto no desean sino proteger la vida del no nacido, y mantener en la sociedad el respeto incondicional a la dignidad de las personas.

17.4. Es ilógico aplicar la maravilla de la razón a destruir el prodigio que es la vida.

Causa estupor advertir que se quiera justificar con “razones” la eliminación de algo que asombra por su grandeza. La razón –entendida aquí, de modo amplio, como la inteligencia, la capacidad de formar conceptos, razonar y discernir...– nos eleva a una alta cota de realización personal. Precisamente desde esta altura privilegiada –que dignifica nuestra vida– se toma opción contra la vida y se la intenta apoyar con un aval racional. Es increíble pensar que la inteligencia de los más celebrados sabios no haya logrado determinar con la debida precisión lo que es la vida, el enigma de la vida, de esa maravilla que es un ser vivo..., y, al cabo de siglos de cultivo de la ética, haya gentes que se sientan autorizadas a destruir la forma de vida más alta, que es la humana. Cientos de admirables talentos se extenuaron para clarificar el enigma del hombre, un ser que se ve como un átomo de polvo en medio del universo infinito pero puede pensar, tomar posición frente a cuanto existe, hacer proyectos de vida, desear, amar, perdonar, triunfar, fracasar y comenzar con nuevos bríos la tarea... Si nos hacemos una idea, siquiera somera, de lo que es una vida humana, sentiremos escalofrío al pensar que el ser racional por excelencia la destruya frívolamente y obtenga el respaldo de la sociedad, con el pretexto de que

³⁷ En España, la plataforma *Unidos por la vida* está promoviendo el *Proyecto adopción*, cuyas características pueden verse en la web www.unidosporlavida.org. Instituciones afines ofrecen también sus benéficos servicios en otros muchos países.

no sabemos exactamente en qué momento de la gestación constituye el feto una persona humana. Lo que sabemos con toda certeza y precisión es que, si no media el acto abortivo, en poco tiempo tendremos con nosotros una nueva vida humana, con sus anhelos, sus ansias de vida en plenitud y sus posibilidades de todo orden en el nivel estético, ético, axiológico y religioso.

Lo cierto es que la Humanidad había progresado hacia un respeto incondicional a la vida humana. Pero hoy observamos, consternados, que se practica masivamente el aborto y se acaba admitiendo esta «catástrofe humana» como algo normal. Se anula, con ello, bruscamente el progreso ascendente hacia una actitud de respeto incondicional a la vida, en todas sus etapas, y volvemos a un estado de primitivismo que creíamos definitivamente superado. Bien estaría que recobráramos la necesaria sencillez de espíritu y nos hiciéramos cargo de los límites de nuestra razón.

«En verdad –escribe André Cuvelier– en España sucumbimos a la tiranía de la razón. A fuerza de querer ser razonables, por exceso dejamos de serlo. ¡Reflexionemos humildemente sobre la debilidad de esta razón limitada por todas partes, conduciendo a menudo a la duda y tropezando con los obstáculos más ridículos! De esta razón hecha a nuestra medida –que es la de un átomo palpitando en un infinito que nos aplasta en cuanto intentamos sólo imaginarlo y cuyo misterio nos resulta impenetrable– (...) descubrimos sus miserables límites a poco que conservemos un grano de sabiduría»³⁸.

Con razón nos advierte el filósofo Herbert Spencer que, a menudo, la razón sirve para justificar una decisión ya tomada por motivos sentimentales o pasionales más o menos conscientes, y, en todo caso, ajenos a una inteligencia imparcial y soberana. Nos envanecemos con la ilusión de actuar como seres racionales y razonables. Pero sólo somos hombres, con mil fuerzas que nos sacuden y vapulean a la razón misma que cree sobrevolarlo y regirlo todo. Ese envanecimiento de la razón nos lleva a cometer errores. Nos bastaría movilizar la fuerza de nuestra razón con espíritu de humildad –entendida como “andar en verdad”, al modo de Teresa de Ávila– para advertir que no hay sabiduría más alta que atenernos a los dictados de la ley natural, una luz que, desde lo más profundo e insobornable de nuestro ser, nos deja patente que la vida humana es algo sagrado e intangible.

17.5. La manipulación escinde nuestra mente de la realidad.

Para mitigar el impacto que suele producir en personas de sensibilidad normal el acto del aborto se recurre con frecuencia a los trucos de la manipulación del lenguaje. Al aborto se lo denomina “*interrupción voluntaria del embarazo*” o, más asépticamente todavía, *IVE*. Una interrupción suele ser algo *pasajero*. Si, además es *voluntario*, presenta un carácter *libre*, término que goza hoy de un prestigio intocable, debido a su condición de “término talismán”. De manera sinuosa, con la mera utilización de dos sencillos términos del lenguaje –“voluntaria” e “interrupción– se pone un guante de seda a un hecho trágico: la anulación violenta de un ser de la especie humana. Pero la realidad se nos impone a poco que reflexionemos: el aborto no es un hecho pasajero, sino definitivo; no es voluntario por parte de la víctima, sino impuesto.

El aborto despenalizado a causa del “*grave peligro para la vida o la salud física o psíquica de la embarazada*” es considerado como aborto “*terapéutico*”. Este término procede del adjetivo griego “*therapeutikós*”, participio activo del verbo “*therapéuo*”, que significa

³⁸ Cf. *La música y el hombre* (PUF, París 1949) pág. 41.

“cuidar”. Con el simple uso de este vocablo se intenta recubrir la violenta acción de abortar con un velo de acogedora ternura.

Al aborto realizado para eliminar una vida generada en un acto de violación se le llama aborto “ético”, y se añade la falacia de que “así salva la víctima su honor”. Se oculta, con ello, que la madre no ha perdido el honor a causa del atropello sufrido. Es cierto que ha visto lesionada su dignidad injustamente, pero ese hecho no queda anulado al destruir la vida del hijo. Lo que sí pierde, si lo hace, es la posibilidad de dar vida a un nuevo ser y evitar la amargura del síndrome postaborto. No hay acepción alguna del adjetivo “ético” que permita aplicarlo a este tipo de aborto.

El aborto practicado por la “presunción de que el feto habrá de nacer con graves taras físicas o psíquicas” es llamado aborto “eugenésico”. Este término –procedente de dos vocablos griegos: el adverbio “eu” (bien) y el verbo “gignomai” (generar)– significa “bien generado”. Resulta sarcástico que se considere como una forma de “generar bien” un acto que elimina de golpe la vida con procedimientos nada cuidadosos.

Recordemos que, en ciertas clínicas abortivas estadounidenses, a la cabeza del feto se la denomina “number one” (número uno), para evitar las resonancias positivas que tiene el nombre “cabeza” en la vida humana.

17.6. El aborto es violento y fuente de violencia.

Si consideramos en bloque cuanto hemos expuesto en este libro sobre «*Las sinrazones del aborto*», no podremos sino suscribir estas palabras de la Dra. Vila-Coro:

«El aborto es contrario a la naturaleza de las cosas y al orden natural. Es arbitrario porque se opone a la justicia, que es dar a cada uno lo suyo: lo suyo del no nacido no es morir sino, por el contrario, nacer. Todo ser vivo tiende imperativamente no sólo a persistir en la existencia sino a desarrollarse y alcanzar su plenitud. Esta es una ley que está por encima de todas las leyes de los hombres y sirve de fundamento al Derecho. De ahí que todas las Constituciones proclamen como uno de los derechos fundamentales el derecho a la vida»³⁹.

Si se quebranta este derecho fundamental de los seres humanos, se genera, lógicamente, violencia. El Dr. Bernard Nathanson –hoy, gran defensor de la vida, pero, en su día, el mayor médico abortista de Estados Unidos– confesó, en libros y conferencias, que, pese a los ingentes ingresos económicos de su clínica, las relaciones humanas de médicos y enfermeras se envilecieron de tal modo que el centro se hizo ingobernable y él se vio llevado a dimitir. Este fracaso le permitió descubrir que el aborto es un acontecimiento extremadamente negativo, por cuanto desencadena todo un proceso de envilecimiento. Aunque sea realizado con el pretexto de resolver problemas angustiosos causados por embarazos no deseados, se convierte pronto en una escuela de violencia porque difunde una idea depauperante de la dignidad humana.

³⁹ Cf. María Dolores Vila-Coro: o. c., pág. 168.

18. REFLEXIÓN FINAL

Al terminar la revisión de esta obra, fue presentado en el Consejo de Ministros español el proyecto de una *Ley Orgánica de Protección de la vida del concebido y los Derechos de la Mujer Embarazada*. Respecto a la ley anterior, promulgada en 2010 por un gobierno socialista, presenta estas diferencias:

- Se niega que las mujeres tengan “derecho” a abortar. Los derechos se dirigen a promover la vida, no a destruirla.
- Abortar queda despenalizado en dos casos: a) cuando el embarazo es fruto de una violación, y ésta fue denunciada en su momento; b) cuando existe grave riesgo físico o psíquico para la madre, según informe de dos médicos ajenos a la clínica en que se vaya a realizar el aborto.
- Se promueve el respeto a la vida de los discapacitados.
- La mujer ha de ser debidamente informada de lo que significa e implica el acto del aborto, y se ha tomar una semana de reflexión para asimilar bien dicho informe.
- Las adolescentes mayores de 16 años han de contar con la autorización paterna para abortar.

No bien anunciado dicho proyecto de ley, se alzó un clamor de protesta por parte de ciertos grupos políticos. No hubo análisis cuidadosos del texto –propios de profesionales de las ciencias humanas–; tan sólo declaraciones de guerra en favor de la “libertad a decidir”. Al no indicar de qué tipo de libertad hablan, podemos colegir que se refieren a la mera “libertad de maniobra”, libertad de actuar conforme al propio arbitrio, sin tener en cuenta el bien de la persona más afectada por tal elección: el inocente *nasciturus*. Se utiliza, sin la menor matización, una palabra “talismán”, la palabra *libertad*. Esto puede impresionar a las personas poco familiarizadas con las tácticas de la manipulación y desconocedoras de la actual antropología filosófica. Por eso conviene insistir en el hecho incontrovertible de que las personas estamos llamadas a ejercitar, por encima de esa “libertad de maniobra”, una forma de “libertad creativa” o “libertad interior”, que presenta diversas modalidades, todas ellas muy superiores a la libertad de hacer en cada momento lo que buenamente queramos⁴⁰. Tal como suele entenderse, la *libertad de decidir* responde al afán de dominar, poseer y manejar propia de lo que suelo denominar *nivel 1*. Por encima de este nivel –fundamental en nuestra vida, pero elemental– queda mucha vida humana, la vida propia de los niveles 2, 3 y 4, la que supone el pleno logro de nuestra existencia.

Todo esto podría tratarse y discutirse en un auténtico diálogo entre las partes litigantes. Es lástima que no se avengan a realizarlo quienes, por principio, niegan al actual Gobierno el derecho a legislar conforme a su concepción de la vida humana. Esta actitud belicosa –opuesta a los hábitos de una auténtica vida democrática– resulta especialmente chocante en grupos que no hacen sino pedir consenso cuando desean bloquear cualquier iniciativa que no responda a sus intereses.

18.1. La sinrazón de los legisladores favorables al aborto.

A fin de clarificar las ideas y distinguir lo arbitrario y lo bien fundamentado en la polémica sobre el aborto, condenso seguidamente algunas de las ideas-guía expuestas en este libro.

⁴⁰ El lector que desee conocer de cerca los pasos que hemos de dar para actuar con esta forma elevada de libertad, puede seguir las doce fases de nuestro desarrollo personal descritas en mi obra *Descubrir la grandeza de la vida* (Desclée de Brouwer, Bilbao 2009, 2ª ed.) págs. 25-93.

Vayamos a lo esencial, y preguntémonos en qué se apoyan los legisladores para conceder a las madres el derecho a eliminar la vida de su hijo. El estado actual de la ciencia – según hemos visto anteriormente– pone al descubierto que se trata de una vulgar “licencia para matar”. En un estado de derecho, bien ordenado según los principios que dicta una recta razón, una ley de este género no queda legitimada por el mero hecho de haber sido objeto de consenso entre ciertos grupos políticos. El consenso, para ser legítimo, debe ser logrado a través de un intercambio de razones bien sopesadas y no mediante el simple recurso de aunar intereses. ¿Podrán tales legisladores *dar razón* –como seres *racionales* que son– de la llamada eufemísticamente “ley de plazos”?

Cuando está en juego la vida humana, se debe proceder totalmente en serio. Las personas que no renuncien a su dignidad no pueden permitirse jugar con la vida humana, tomarla como un objeto del que pueden *disponer*. Hoy día, toda adolescente sabe bien que, si realiza ciertos actos sexuales, puede provocar un embarazo. Si no es responsable para regular sus relaciones amorosas o meramente pasionales, debe serlo, al menos, a la hora de asumir la vida que ha surgido merced a su colaboración. Hoy existen medios para respetar la vida naciente y asumirla aunque se carezca de la posibilidad de cuidarla de por vida. No hay excusa. Diversas asociaciones benéficas ayudan a las madres a superar el trauma de un embarazo no deseado, le facilitan tratamiento médico, incluso a veces residencia, y se ocupan de los trámites de la adopción.

Se dice, a menudo, que es más sencillo para las madres resolver el “problema” de forma rápida, aunque sea traumática. Ciertamente, es más traumática de lo que suele indicarse a las jóvenes en las clínicas abortivas. Los testimonios del “síndrome postaborto” que hoy tenemos son prueba evidente de ello. Pero no se trata de resolver los problemas de la forma más sencilla sino de la más justa para todos, sobre todo en este caso para el hijo. Por eso, recurrir sin más al aborto para salir rápidamente de una situación embarazosa –en los dos sentidos del término– que uno mismo ha provocado supone una *irresponsabilidad* injustificable, indigna, por tanto, de una persona adulta.

18.2. Recurrir al aborto es lanzarse por el camino de la muerte y la amargura.

Ofrecer la vía del aborto a las mujeres agobiadas con su embarazo es acorralarlas en el callejón sin salida de la amargura. Constituye una increíble crueldad no ofrecerles vías positivas que pueden convertir muy pronto la desazón presente en el sereno gozo de una doble donación: donación de vida a un nuevo ser y apertura de un futuro ilusionado a una madre adoptiva. Si razonamos con libertad interior –porque sólo pensamos en el bien del hijo y de la madre, no en posibles beneficios económicos o políticos de la industrialización del aborto–, veremos que no puede haber duda entre el aborto y la adopción. La adopción genera vida por partida doble. En cambio, el aborto no significa sino muerte, sobre todo para quienes se benefician de la eliminación programada de nuevas vidas.

Estamos a suficiente distancia del día aciago en que se aprobó una ley de legalización del aborto en tres supuestos –alguno demasiado ambiguo– para tener la debida perspectiva y calibrar la gravedad de sus consecuencias: 1) sólo en España, fueron segadas 1. 914. 446 vidas desde 1985 en el recinto dispuesto por la naturaleza para protegerlas de cualquier agresión exterior; 2) miles y miles de jóvenes madres –cada día más jóvenes, casi niñas– quedaron enfrentadas con el amargo reproche interior de no haber sido generadoras de vida sino de muerte; 3) se perdió uno de los mayores logros de la Humanidad en los últimos siglos: el creciente respeto incondicional al milagro de la vida humana; 4) se amenguó progresivamente la sensibilidad moral, el respeto a las normas básicas de conducta que nos sugiere la ley natural, inscrita en nuestra conciencia; se aceleró, con ello, el proceso que está llevando al colapso demográfico de muchos países.

18.3. Ante el don admirable de la vida no hay más actitud digna del hombre que la acogida.

Visto en conjunto lo dicho y analizado en este libro, resulta patente que la actitud de los parlamentos y los gobiernos debiera estar dictada inequívocamente por esta convicción: la vida humana es un don tan grande y misterioso –por cuanto desborda nuestra capacidad de comprensión y nos asombra por su grandeza– que la práctica del aborto debe estar severamente reducida a casos *excepcionales*, e, incluso en ellos, habrá de procurarse convertir el mal en bien mediante los cuidados ofrecidos a las madres gestantes y la facilidad para recurrir, en caso necesario, a la adopción. A pesar de la obviedad de este aserto, en el momento actual de desconcierto quien afirme esto se expone a ser tachado de extremista, dogmático, ultra. Es la mejor prueba de que nuestra sociedad ha seguido un peligroso camino de decadencia moral.

Pero no debemos dejar que el miedo a las descalificaciones sumarias bloquee nuestra inteligencia y paralice nuestra capacidad de decisión. Cuando analizamos bien un tema y llegamos a una convicción que creemos justa, hemos de mantenerla decididamente. Tal firmeza en el pensar y el actuar es el único antídoto contra tres de los males más peligrosos de la actualidad: la indefinición en las ideas, la debilidad de las convicciones, la indeterminación en las decisiones. Estas tres carencias, combinadas entre sí, reblandecen nuestra personalidad y la convierten en maleable, fácilmente manejable por cualquier manipulador sin escrúpulos.

18.4. El alcance del proyecto «Ley orgánica para la Protección de la Vida del Concebido y de los Derechos de la Mujer Embarazada».

Las asociaciones provida celebraron este reciente proyecto de ley anunciado por el Gobierno del Partido Popular en diciembre de 2013 por lo que supone de avance en el respeto de la vida del *nasciturus*, pero manifiestan su deseo de que esta orientación positiva sea proseguida y llegue a inspirar una ayuda tan efectiva a las madres necesitadas que las disuada de someterse al trauma del aborto. Parecía ser ésta la voluntad del actual Gobierno, por cuanto su ministro de justicia -Alberto Ruiz Gallardón- manifestó que esta ley responde a su voluntad decidida de realizar una actividad a favor de la vida en España e, incluso, en toda Europa, al amparo de la Convención de la ONU, que, en su artículo 10, indica que los Estados parte reafirman el derecho a la vida inherente a todos los seres humanos y adoptarán todas las medidas necesarias para garantizar el goce efectivo de ese derecho por las personas con discapacidad en igualdad de condiciones con las demás.

Como sabemos, a finales de 2014 el Gobierno español retiró sorpresivamente ese proyecto de ley «por no haber logrado un consenso con las fuerzas de la oposición». Sin duda alguna, nuestros dirigentes saben bien que, al ser casi imposible -por diversas razones- lograr tal consenso, lo lógico hubiera sido, en este momento, abordar *en solitario* la inaplazable cauterización de esa hemorragia de 300 vidas humanas que causa *a diario* en España la práctica del aborto. En pocas ocasiones estaría tan justificado como en ésta hacer uso de la mayoría absoluta de escaños que le concedió el pueblo español. Si un gobierno posterior de distinto signo se empeña luego en renovar ese inconcebible atropello, será una culpa que habrá de asumir él solo.

Ante el nuevo proyecto de ley, lo que procede no es atacarlo, sino perfeccionarlo, subrayando al máximo la necesidad de atender a las mujeres gestantes, para que la zozobra ante el futuro no las inste a someterse al trauma del aborto. La meta no es facilitar el aborto y condenar a las madres a una desazón interior implacable, sino evitar todo aborto mediante la atención generosa a quienes tienen el privilegio de crear vida y llevarla a pleno desarrollo. De esta forma ganamos todos: los nuevos seres llamados a compartir la vida con nosotros, las

mujeres que los gestan y crían, y la sociedad entera, que tendrá la dicha de colaborar con ese himno a la vida que es todo nacimiento.

Seguir el otro camino -el de promover una práctica destructiva- supone cerrar la vía de una solución auténtica y hacer un flaco servicio a la convivencia democrática.